

BOLSEROS BRUGUE RA
PUNTO
ROJO

NEUROSIS

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CURTIS GARLAND

NEUROSIS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 615
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 49.200 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1974

© CURTIS GARLAND - 1974
texto

© MIGUEL GARCIA - 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.212 — Madrugada mortal.

En Colección PUNTO ROJO:

604 — Dorada piel de alacrán.

¿Existe un laberinto más inextricable que la mente humana?

¿Qué es mejor? ¿Ser realmente culpable de algo, o creer uno que lo es, sólo porque una psicosis trágica le hace a uno pensar así, mientras huye y huye de los fantasmas que atormentan su cerebro? Aunque a veces, no todos son fantasmas del cerebro... y la persecución, realmente, *existe*.

Cuando hay *alguien* tras de uno, y nadie cree en ello, ni nadie hace caso al que pide ayuda... ¿no se está viviendo la peor de las pesadillas imaginables? Una mujer supo de ese horror, y recorrió los alucinantes senderos de su miedo, de su neurosis, sin que nadie creyera en ella...

PRÓLOGO

Cuando las tijeras chirriaron, cumpliendo su cometido...

Cuando la sangre corrió sobre el cuerpo que se agitaba en espasmos de agonía...

Cuando ella gritó, y su grito pareció rasgar las simas oscuras y veladas de su cerebro enfermo...

Entonces, tal vez, empezó todo para ella.

Tal vez.

Porque pudo empezar antes. Mucho antes. En alguna parte del laberinto tenebroso de su mente...

Ella no sabía dónde. Ella no sabía nada. Pero sabía que había oscuridad. Oscuridad y sangre. Y ojos abiertos bailoteando en la sombra, como en una visión surrealista y carente de sentido. Como en un sueño pintado por Dalí y filmado por Hitchcock. O como algo mil veces peor. Algo que rezumaba muerte. Y horror.

La oscuridad era completa. El laberinto no tenía fin. Ni principio quizá. Los ojos bailoteaban a su alrededor. Eran ojos desorbitados, vidriosos. Ojos que lloraban. Lloraban lágrimas rojas.

Lágrimas de sangre.

Y sonaban pasos. Pasos huecos, sonoros, repetidos.

Pasos en los corredores inextricables del laberinto. Pasos tras ella. Pasos, pasos, pasos...

Pasos incesantes. Pasos que no se alejaban jamás. Que siempre estaban allí, a su espalda. Acaso cada vez más cerca...

Todo cuanto la envolvía era fango. Fango rojo.

Y seguía oyendo los pasos.

Ella corría, corría, corría...

Pero no había adónde ir. No había evasión. No había escapatoria.

Porque allí, otro muro cerraba el paso. Lo doblaba, y tras el recodo aparecía otro pasadizo sin fin. Y otro. Y otro.

Así hasta la eternidad. Hasta que fuera alcanzada. Hasta que el hombre amenazador llegara a ella, con las tijeras sangrantes en su mano. Las tijeras...

De su boca escapaba un grito repentino, agudo, trémulo. Un grito como jamás había sido capaz de emitir otro.

Un grito alucinante y ensordecedor.

Y, sin embargo, no lo oía. No se oía a sí misma. Notaba que abría su boca, que gritaba. Que quería gritar. Pero no había sonidos. Alrededor suyo, de repente, todo era blanco, fofo, vacío y sin sonido. No emitía voz. No la oía nadie. Ni siquiera se oía ella misma.

No podían ayudarla. No podían ir a sacarla del terrible laberinto de la sangre, la oscuridad, los ojos, los pasos...

No, no era posible. Ahora, incluso ya no podía correr. No podía...

Sus pasos blandos, lentos, pausados... Como un desesperante *ralenti*, con el asesino detrás, corriendo por los recodos sin fin de su cerebro.

El asesino...

Sí, era él. Ella sabía que era él. El hombre alto, el hombre de los guantes, el hombre de las tijeras... El hombre que la perseguía, incansable.

Y aquellos malditos senderos... Aquellos corredores que nunca, nunca terminaban. Que se encontraban en un muro, para girar a la derecha, a la izquierda, en espiral, en zigzag, en torbellinos, en vorágines de sendas sin destino, de pasajes tenebrosos sin final, de caminos hacia la muerte.

Hacia su propia muerte. Hacia su propia demencia. Hacia el lugar donde gotearía su propia sangre y se desorbitarían sus propios ojos...

Así sucedería. Lo presentía. Lo sabía.

Así siempre, siempre, siempre...

Así, como en una pesadilla, su cerebro intentaba huir. Ella intentaba huir. Y su mente era como las sendas de su propia vida. Todo se confundía en sendas paralelas, en sendas de laberinto, en rutas perdidas hacia la oscuridad.

Una oscuridad que la asustaba, tanto como los ojos dilatados, como las lágrimas de sangre; como las diabólicas, afiladas, punzantes, terribles tijeras que chirriaban, matando...

Matando, sí.

Matando en un laberinto que nadie sabía cuál era. Y ella, menos que nadie.

Matando. Y volviendo a matar. Y queriendo matar de nuevo.

Pero esta vez, matar a alguien que ella conocía muy bien. Matar a alguien que pretendía huir por un laberinto imposible.

Esta vez, querían matarla a ella.

¡A ella!

Y nadie la creía. Nadie la iba a creer. Nadie la iba a ayudar.

CAPÍTULO PRIMERO

SHARON MARLOWE, EN PRIMERA PERSONA

Estoy aterrorizada.

Como nunca lo estuve. Como creí que jamás llegaría a estarlo.

Yo nunca tuve miedo. Nunca sentí el pánico, el terror. Hasta ahora. Hasta estos horribles momentos en que no sé qué hacer. No sé qué hacer... salvo huir.

Huir.

Huir, sí. Pero ¿adónde? ¿Para qué?

Sé que me persiguen. Sé que unos pasos suenan tras los míos. Que, desde las sombras que me rodean como un cerco de pesadilla, unos ojos siniestros e invisibles acechan mis movimientos, mis gestos, mis más mínimas acciones.

Sé que enemigos ocultos, misteriosos, horribles y estremecedores, me acosan y me persiguen. Pero ¿quién creería en su existencia, en su proximidad, aunque yo gritase a los cuatro vientos la persecución de que soy objeto? ¿Quién me haría caso, en un mundo que me es hostil, que no cree en mí, que me acosa y me persigue? No, no puedo confiar en nadie. Ni pedir ayuda a nadie. Sólo puedo seguir huyendo. Sólo puedo escapar constantemente. Sólo puedo buscar una puerta, una evasión, un pasadizo sin fin por el cual correr, correr, correr...

Dios mío, y este extraño, tenebroso pasaje que me toca recorrer desesperadamente sola, olvidada de todos, sin la fe de nadie, sin la ayuda de ser viviente alguno, acosada, perseguida, con la muerte por única compañera, ¿dónde terminará? ¿Cuál será su terrorífico, espantoso final, allí donde las sombras no pueden ser atravesadas, donde la oscuridad me rodeará inexorablemente?

Y yo debo seguir mi carrera. Debo continuar hacia esa oscuridad

que me aguarda. Una oscuridad que parece teñirse repentinamente de rojo intenso, gotear de las sombras, con un horrible tono carmesí, con un violento escarlata de sangre humana derramada...

Sangre humana derramada.

Dios mío. Aún puedo cerrar los ojos y recordarlo. Aún lo veo ahí, frente a mí. La sangre, el hombre de las gafas azules. Las manos enguantadas, las tijeras, más sangre... Los ojos desorbitados de ese hombre, las manchas rojas sobre las ropas, el reguero rojo en el suelo, sucio de tabaco, de licor, de rotas ampollas de drogas narcóticas.

La pesadilla vuelve. El horror persiste. Me acosa. Me agobia, me aplasta. Tengo miedo. Mucho miedo. Contemplo mis manos crispadas, engarfiadas, temblorosas. Manos pálidas, uñas rotas. Arañazos. Y sangre. Mucha sangre.

No, no brota de los arañazos. Es sangre ajena. Sangre de otro. De un ser humano que no soy yo. Que no era yo. Sangre de un cadáver. De un hombre asesinado, de grandes ojos azules, vidriosos y abiertos. Tremendamente abiertos. Fijos en mí. Acusadores. Sí, acusadores. Aunque yo no he sido. Yo no lo hice. Esas largas, afiladas, espantosas tijeras. No, no. Yo no las sepulté en su cuello, en su corazón; tiñendo de rojo virulento su ropa, su rostro, sus zapatos, y mis manos. También mis manos.

Mis manos ensangrentadas. ¡Oh, Dios, qué horrible!

Las estoy frotando, restregando en mis ropas, tratando de limpiarlas, de borrar de ellas el estigma escarlata.

Y ni siquiera tengo nada. Ya no. Están limpias. Sin sangre.

Eso fue antes. En otra ocasión. En otro momento. Un espantoso momento que es como una obsesión fija en mi mente. Como un trauma que devora mi espíritu, mi cerebro, mi conciencia.

No. Ya no hay sangre en mis manos, en mis dedos. Ya no veo las yemas, con sus huellas dactilares dibujadas en rojo vivo, bajo la sangre coagulada. Pero es igual. Como si todo fuese igual. Como si este tiempo no hubiera pasado. Como si yo continuase encerrada en aquella horrible casa, rodeada de suciedad, de fotografías eróticas, de nauseabundos motivos sexuales por doquier; en aquel inframundo repulsivo, donde un hombre horrible yacía sin vida. Y aún parecía más horrible que estando vivo. Más horrible que antes de tener clavadas aquellas tijeras en su cuerpo, entre manchones de

rojo vivo, entre salpicaduras de sangre.

Pero sigo escapando.

Escapando...

Desde aquel momento, desde esa noche que parece alejada en el infinito, en la oscuridad infinita de un pasado que me aterra, que me enloquece.

Es como si los muros de este infinito pasadizo que recorro, repitiese, en ecos vacíos y siniestros, la misma frase que me martillea en las sienes, en el hueco de mi cráneo, en cada recodo de mi laberinto mental:

«¡Busquen a Sharon Marlowe! ¡Busquen a Sharon Marlowe! ¡Mató a un hombre! ¡Mató a un hombre! ¡Es una asesina! ¡Busquen a Sharon Marlowe! ¡Busquen a Sharon Marlowe...!»

Y Sharon Marlowe soy yo. Y Sharon Marlowe soy yo. Y Sharon Marlowe sigue huyendo, escapando, corriendo. Y no tiene destino. Y no encuentra su objetivo final. Sólo corre, huye, escapa...

Pero ¿de qué huyo? ¿De quién escapo?

¿Quién es el horrible hombre de las gafas azules? ¿Quién es el hombre de las manos enguantadas? ¿Quién quiere darme alcance para asesinarme? ¿Quién desea matar a Sharon Marlowe y por qué? ¿Porque he sido testigo de un crimen que apenas si recuerdo, en las brumas de mi cerebro? ¿Porque yo he visto a un hombre muerto a mis pies, porque he contemplado mis manos, sucias de su sangre? ¿Porque alguien más, en aquella extraña casa, en aquella siniestra habitación, cree que puedo identificarle, señalarle ante todos, acusándole de asesinato?

Alguien ha dicho que una persona que ha matado una vez, no vacila en matar dos. O tres. O las que sean precisas.

¿Seré yo la segunda víctima, Dios mío? ¿O acaso hubo ya antes otras víctimas? ¿Qué busca el asesino? ¿Por qué mató a aquel hombre, casi junto a mí, y me dejó a mí con vida? ¿Cometió un error y está tratando de rectificarlo ahora, acabando con mi vida? ¿Es eso lo que sucede?

Ese hombre de las gafas azules, ¿es el asesino? ¿O alguien a quien él ha enviado para acorralarme inexorablemente?

No sé qué pensar, no sé qué hacer, adónde ir, cómo escapar a ese cerco terrorífico, sordo, silencioso, demoledor, que me angustia y me obsesiona.

Sólo sé que debo luchar. Que no debo detenerme, ni ceder. Eso significaría la muerte. Debo seguir adelante. Hacia donde sea. Huir. Correr, correr, escapar...

Y tras de mí, ¿quién?

Ignoro quién se ocultará tras unas gafas azules, tras unas manos enguantadas. Quién será el hombre del impermeable oscuro y los pasos de calzado crujiente, que camina con un chirrido constante, irritante, capaz de crispar los nervios.

Pero sea quien sea, viene tras de mí. Y sé que cuando me alcance, será el final. Mi final. Mi muerte violenta, acaso también provocada por unas largas, afiladas tijeras hincadas en mi pecho, atravesando mi corazón.

Las manos enguantadas. Las gafas azules. El oscuro impermeable abotonado. El hombre de mis pesadillas.

Es él. Me ha alcanzado. Está ahí. En la oscuridad de mi compartimiento en el coche cama. La puerta está cediendo. Se abre. Se mueve el tirador a medida que se va abriendo la puerta, inexorablemente.

He pensado tantas veces en este momento, que casi me siento familiarizada con él. Con el pánico que me invade, con este frío horrible, sutil, que recorre mi espina dorsal y me llega a la nuca, erizando mis cabellos, provocándome una insoportable sensación de angustia, de miedo, de horror...

Está entrando aquí. En mi cabina de este vagón que trepida en la noche. No sé cómo pudo llegar sin ser visto ni oído por nadie, ni siquiera por mí, hasta que ya es demasiado tarde. Hasta que ya está aquí. A pocos pasos de mi litera, en esta cabina donde yo duermo en Solitario, donde apenas si hace una hora que he logrado conciliar un sueño nervioso, inquieto, del que mi cuerpo ha salido arrebujado en la sábana, húmedo por la fría transpiración que produce el terror.

Y él... él ha entrado ya en la cabina. Veo el brillo de la tenue luz junto a mi lecho, no lejos de mi cabecera. La lucecita que me sirvió para leer, o cuando menos, intentarlo antes de que el cansancio, el sueño, la fatiga, llegasen a vencerme. Y ahora, a su leve, azulado reflejo, centelleaban dos vidrios azules, los de unas oscuras gafas sobre un inescrutable, siniestro rostro masculino, difuminado en la penumbra.

También acabo de descubrir, con pavor, esas manos enguantadas, crispadas, moviéndose en la cabina, acercándose a mí.
¡Y las tijeras!

Largas, aceradas, afiladas tijeras centelleantes, de afilado acero. Tijeras empuñadas por una mano férrea, decidida, cruel. Una mano asesina. Una mano implacable que viene hacia mí.

Creo que estoy gritando. Y sollozando. Lo creo. Pero no lo sé a ciencia cierta. Parece que no hay sonidos, que floto en una extraña atmósfera quieta, silenciosa, donde mis miembros más que rechazar un ataque criminal, se desperezan lánguida, perezosamente. Es como si él y yo, asesino y víctima, estuviéramos siendo filmados al *ralenti* por un cámara morbosos, que se ensaña en mi agonía, en mi terrorífica angustia, y en la maldad feroz, en la insania sanguinaria de mi agresor.

No. No me oigo. No escucho mis gritos, ni mi llanto. No puedo apenas moverme. Mis hombros flotan en este ámbito como si estuviera hundida en una campana inerte, sin gravitación, sin posibilidad de hacer otra cosa que bailotear grotescamente a cámara lenta.

Y el asesino está ya aquí. Y alza sus tijeras sobre mí, con un destello cruel de acero puntiagudo.

No sé si intento algo. Veo mis piernas agitándose, mis muslos desnudos entre los pliegues de la sábana, con la luz azulada brillando en mi suave vello dorado. Mi *slip* color blanco contrasta con el bronceado natural de mi epidermis. Mi cuerpo semidesnudo está por completo indefenso, a merced de ese monstruo que se inclina sobre mí, con maligna expresión, pero cuyas facciones borrosas, en la oscuridad, me es imposible reconocer, quizá porque el pánico mismo me atrofiaba, me cegaba, me obstruía el pensamiento y la razón.

Me he encogido, esperando el impacto mortífero, el frío agujonazo del acero punzante perforando mis senos desnudos, entre la sábana revuelta.

Alzo mis brazos, extendiendo mis manos para defenderme, pero sé que es inútil. No sirve de nada. No servirá de nada.

Y de nada ha servido. Las tijeras ya caen vertiginosas, siento su helado impacto sobre mi pecho izquierdo. Los filos de acero atraviesan mi torso prominente, con un repentino surtidor rojo, de

sangre palpitante, cálida, violenta.

La punta de esas tijeras se clava otra vez en mí. Y otra, y otra...

Mis roncós gritos de agonía se mezclan con el hirviente burbujeo de la sangre, escapando de mis heridas. Mi cuerpo da vueltas convulsas en la litera del coche-cama, enrojeciéndolo todo.

Y el monstruo de manos enguantadas y oscuras gafas de vidrios azules, sigue golpeando, golpeando, rasgando mi piel, mi carne, mis formas de mujer joven, desesperadamente aferrada aún a la vida que se le va a borbotones, en esta cabina del coche cama que avanza, sibilante, en la noche de mi muerte.

Ya todo se termina. Ya es mi fin. Mi muerte.

De nuevo las tijeras sangrantes penetran en mi pecho. Y alcanzan mi corazón. Un último, desgarrador alarido, escapa de mis labios al morir.

CAPÍTULO II

SHARON MARLOWE, EN TERCERA PERSONA

Al morir...

La muerte de Sharon Marlowe. Acuchillada con unas tijeras ferozmente manipuladas por un misterioso perseguidor de gafas azules y manos enguantadas.

Luego, despertó.

Despertó, y supo que estaba solamente sumergida en una pesadilla. Una más, repetida durante semanas enteras. Casi día a día, noche tras noche.

Despertó y se encontró envuelta en las ropas removidas de su cabina del coche-cama, con la piel húmeda por la fría transpiración, y las manos temblando por el miedo. Pero con la puerta herméticamente cerrada. Sola en la cabina. Sin ningún siniestro visitante, sin tijeras sangrientas hincadas en su pecho.

Se quedó contemplando la penumbra azulada de la cabina. Irguióse en el lecho, con un jadeo. Miró alrededor, mientras se percibía el sonido estridente del silbato de la poderosa locomotora «Diesel», allá afuera, arrastrando el ferrocarril a través de la noche y del continente americano.

—Sola —musitó—. Estoy sola. No hay nadie aquí dentro. ¡Nadie entró para hacerme daño! Ha sido... ha sido todo... una pesadilla más...

Una pesadilla.

Terminaría volviéndose loca, si continuaban esa clase de pesadillas. Era un cerco agobiante de obsesiones, de angustias, de terrores sin fin, envolviéndola como una pesadilla más, pero esta interminable, infinita, hasta el fondo de la oscura senda que le

tocaba seguir desde aquella terrible noche.

Sharon Marlowe se incorporó en la litera. Se pasó una mano temblorosa por la frente, bajo los dorados cabellos revueltos, desordenados durante el incómodo sueño de terror y de muerte, de sangre y desesperación.

—Dios mío —susurró—. Así, ¿hasta cuándo?

Saltó de la litera, en la soledad confortable de su cabina. El tren trepidaba bajo sus pies. Las ruedas giraban vertiginosas sobre los raíles, a través de los Estados Unidos, hacia el Oeste. Alejándose. Huyendo. Como en sus sueños. Como en sus pesadillas. Como en toda su vida desde aquella horrible noche de angustia en que viera el cadáver de un hombre a sus pies, y la sangre salpicando sus ropas, sus manos...

Sharon puso los pies, apoyándose en el muro, que vibraba con la velocidad del moderno convoy lanzado a través de las grandes llanuras del centro del Continente.

—Esta vez fue tan real que casi creí vivir mi agonía... —se oyó musitar a sí, misma, en la azul penumbra de la cabina.

Para reanimarse un poco, dio la luz. Caminó por el ámbito reducido del compartimiento y alzó la cortinilla, escudriñando la noche desde la ventanilla. No descubrió sino lejanas luces salpicando el paisaje, y el desfile vertiginoso de los postes telegráficos junto a las vías férreas, en las cercanías de un importante enclave ferroviario, donde se cruzaban aquéllas en intrincada red. Unas altas torres metálicas, exhibieron al paso del veloz convoy sus faros blancos, luminosos, taladrando la noche, así como el verde, rojo o ámbar de los señalizadores automáticos del paso de trenes.

Volvió a bajar la cortinilla. Se acercó a la puerta. Comprobó que estaba perfectamente cerrada y con el pestillo de seguridad interior, para mayor confianza.

Y sin embargo, parecía tan frágil obstáculo contra un asesino enigmático y cruel, aquella puerta pequeña, aquel simple muro que la separaba del pasillo del vagón...

Sharon Marlowe se contempló en el espejo. La palidez no hacía disminuir su belleza, su atractivo físico, elegante y juvenil, desde la esbelta arrogancia de su cuerpo bien formado, ahora semidesnudo en la intimidad de su compartimiento, hasta la gracia de su óvalo,

entre dorados cabellos, y con el fulgor vivaz, inteligente y sensible de sus pupilas verde oscuras, centelleantes y nerviosas.

Pero estaba lívida. Demudada. Trémula. Sus manos temblaban. Sus labios carnosos, gordezuelos, también en las suaves comisuras.

Tomó un sorbo de agua fría. No le gustaba el alcohol. No con exceso, cuando menos. Tomaba un combinado, un Martini o una copa de champaña, de vez en cuando. Ahora hubiera querido beber algo fuerte, algo alcohólico. Sentía necesidad de hacerlo. Sentía precisión de ello, quizá por única vez. Así, acaso pudiera reanimarse, sentirse más fuerte, más dueña de sí, más segura.

Pero no tenía nada a mano que pudiera servir. Y no quiso llamar al mozo y pedirle licor alguno, aunque fuese posible su servicio a aquella hora. No deseaba arriesgarse, mover aquel pestillo, abrir aquella puerta, asomarse al corredor. No, eso era demasiado peligroso ahora. El hombre de las gafas azules y las manos enguantadas, existía. Era algo más que un personaje de sus sueños. Era un peligro latente, real, tangible. Un enemigo enigmático y siniestro. Una incógnita viviente, nunca lejos de ella.

Podía estar allí fuera. Acechando, esperando el menor error que ella cometiese.

Claro que no sabía siquiera si estaba en el tren. Pero lo temía. Lo sospechaba. El aparecía siempre cuando menos se esperaba. Podía ir en el ferrocarril. Esperar afuera, no lejos de aquella puerta. No lejos de ella.

Se echó atrás. Volvió despacio a su litera, en la pequeña y confortable cabina. El convoy redujo la marcha, inclinándose acentuadamente en una amplia curva del trazado ferroviario.

El tren reanudó inmediatamente después su velocidad. Sharon Marlowe estaba ya tendida en el lecho. No cubrió su cuerpo con la sábana. La temperatura ambiente era confortable, sin llegar a demasiado cálida, en contraste con el húmedo frío del exterior, que en algunos tramos de la ruta había sido llovizna o aguacero declarado. A pesar de ello, sentía demasiado calor. Quizá fuera todo producto de sus nervios.

Tomó un cigarrillo. Lo encendió, fumando inquieta. Pero el tabaco le dio un extraño sabor a estopa, y aplastó el cigarrillo en el cenicero del muro, junto a su cabecera. Luego apagó nuevamente la luz, dejando solamente la leve claridad de la pequeña lamparita

azul vecina a su cama.

Se tendió boca arriba. Con los ojos abiertos, reflexionó, evocando imágenes menos desagradables que las de aquel crimen y sus circunstancias, y todo cuanto después sucediera.

Era difícil que su mente rememorase algo agradable. La tensión, el nerviosismo y la angustia eran demasiado opresivos para ella, en ese momento.

Aun así, recordó un tiempo diferente, en que vivía al margen de preocupaciones, de terrores y de sombras. Cuando era la feliz y alegre Sharon Marlowe, sin problemas ni obstinaciones.

Y eso la ayudó a conciliar el sueño, a sentir sopor, a que lentamente se fueran bajando sus párpados, hasta que los ojos se cerraron. Y un sueño tranquilo, amable, reparador, sin obsesiones y pesadillas, sin asesinos de afiladas tijeras, sin sangre y sin terror, se apoderó de ella mansamente.

Faltaban menos de dos horas para llegar a Indianápolis, cuando Sharon Marlowe entró en el vagón-restaurant a desayunar. Eran las siete y media de la mañana, y un sol tibio brillaba entre nubarrones grisáceos. La campiña aparecía salpicada de charcos, y la hojarasca otoñal, amarillenta en parte, mostraba los goterones de lluvia resbalando sobre su rugosa superficie. También las ventanillas del convoy mostraban huellas de polvo mojado y reguero de lluvia, como un llanto que dibujase churretes en sus mejillas de vidrio.

Había ya bastantes mesas ocupadas. Muchos viajeros deseaban sentir en su estómago el confortable calor de un café, un té o un vaso de leche, con tostadas, mantequilla, mermelada y otros aditamentos propios de la hora. Había quien optaba por los tradicionales huevos fritos con *bacon*, pero el apetito de Sharon no llegaba a tanto, ni muchísimo menos.

Pidió café con leche sin azúcar, tostadas y mantequilla, simplemente, tras un inicio de zumo de frutas.

El camarero se retiró para servirle el desayuno en su mesa. Al otro lado de la ventanilla, desfilaban las industrias, poblaciones y zonas residenciales de Indiana, salpicadas de zonas agrícolas y granjas. En algunas regiones lloviznaba aún, y en otras parecía a punto de hacerlo de nuevo. Pero las inclemencias exteriores eran

como algo muy lejano, presenciado desde el calor de aquel vagón, climatizado debidamente, lleno de comodidad y de confort.

También desde el nuevo día, todo lo anterior de la noche previa era como un lejano sueño. Solamente la pesadilla que fue en un principio. Con su hombre de gafas azules y todo. Un simple sueño pesimista e ingrato. Y nada más.

Después, había reposado largamente, hasta que el mozo de color golpeó en su puerta, y luego, ante su resistencia a levantarse, la llamó utilizando el teléfono de la cabina.

Ahora, todo estaba a punto: la maleta, la bolsa, el sobretodo... Y la ciudad de Indianápolis estaba cerca. Se preguntó que podía importar eso. No tenía nada que hacer en Indianápolis. Ni en ninguna otra parte. No tenía nada que hacer en sitio alguno. Sólo seguir huyendo a otra parte. A cualquiera, donde tampoco tendría nada que hacer.

Indianápolis sería otro alto en el camino. Otro más... hacía ninguna parte. Parecía ser ése su destino. Y lo aceptaba con todas sus consecuencias.

Tomó un sorbo de café. Mordió la tostada. No sentía apetito. Se limitó a acabar la taza de café, sin volver a tocar el pan ni la mantequilla. Se tocó las sienes, inclinando la cabeza sobre la mesa del vagón-restaurante.

—¿Le molestaría que me sentase con usted, señorita?

Se sobresaltó. La voz de hombre era grave, profunda. Alzó la cabeza, con un leve respingo, mientras la sombra de un desconocido se proyectaba sobre la mesa y sobre ella.

No le hubiera sorprendido demasiado encontrarse frente a frente con unas gafas de vidrios azules, unas manos con guantes de piel oscura, y un sobretodo impermeabilizado, de color gris humo. No se hubiera sorprendido, pero hubiera sufrido un terror mortal.

Sin embargo, no era el terrible personaje de sus pesadillas, el hombre a quien apenas vislumbró la noche del crimen... y luego descubrió en pos suyo, siguiéndola con diabólica insistencia, sigilosa y enigmática, llena de amenazadores, sombríos presagios.

Por el contrario, se vio cara a cara con un hombre alto, joven, atlético y bien vestido, con una chaqueta de mezclilla, deportiva, pantalón gris y corbata oscura. Llevaba en el brazo un ligero impermeable color marrón avellana.

—Por supuesto que no —respondió, algo tardía, recordando su petición—. Siéntese.

—Gracias, señorita —él se apresuró a acomodarse frente a ella. Miró al paisaje exterior, con curiosidad. Meneó la cabeza—. Hace demasiado tiempo que llueve en todas partes. Es un mal otoño.

—Sí, muy malo —convino secamente Sharon Marlowe, que no deseaba conceder charla al joven desconocido. Y buscó un cigarrillo, al terminar su café. Él le tendió la llama de su encendedor. Sharon aceptó el fuego con una media sonrisa.

El joven pidió huevos con *bacon*, zumo de frutas y café. Empezó a lloviznar contra la ventanilla, y él hizo un gesto expresivo.

—¿Lo ve? —comentó—. Otra vez la dichosa lluvia... No para de llover desde Pittsburgh.

—¿Pittsburgh? —Ella enarcó las cejas—. ¿Viene usted de allí, acaso?

—Sí —afirmó el joven. Se inclinó, curioso, desdoblando su servilleta con calma—. ¿Usted también, señorita?

Ella se echó atrás. Rectificó su impulso. Apretó los labios. Negó luego, despacio.

—No —dijo—. No. Tomé el tren en Columbus.

—Ya. Bonita tierra la de Ohio —sonrió el joven.

—Muy bonita —ella pidió la nota con un gesto. Fumó algo nerviosa. Pensó en Pittsburgh y en un hombre muerto. Y en otras cosas... Entornó los ojos, dominando un estremecimiento. La lluvia se hacía más insistente y copiosa. El tren parecía volar sobre los raíles. El paisaje era una borrosa visión fugaz, de colores pardos y grises.

El joven viajero la estudió, mientras el camarero traía su desayuno y la nota de ella. Se ofreció, cortés:

—Si me permite, yo puedo invitarla a...

—No, gracias —ella atajó secamente—. Prefiero pagar yo. No me gusta que me invite nadie a algo que no sea un Martini o un combinado.

—A estas hora, sirven bebidas alcohólicas, señorita. Podemos tomar ambos ese Martini.

—No es el momento. Otra vez será. Buenos días —puso un billete sobre el plato—. Y buen viaje.

Se puso en pie. Y entonces le vio.

Al final del vagón. Entrando en él, camino de la primera mesa, que ahora se vaciaba. Una pareja de japoneses se ponía en pie en ese instante, cruzándose con el hombre de las gafas azules.

Sharon lanzó un gemido ronco. Se cubrió la boca con rapidez, con su mano crispada. Y echó a correr bruscamente vagón adelante, golpeando las mesas, a los viajeros, a los camareros incluso, una de cuyas bandejas estuvo a punto de derribar.

Los ojos asombrados del joven viajero la siguieron, sin entender en apariencia una sola palabra de cuánto sucedía. Luego, giró la cabeza. Y se encontró con el hombre de las gafas azules, cuyas manos enguantadas se apoyaban en la mesa vacía de los japoneses, fija la mirada, a través de los vidrios de color, en la rubia muchacha que desaparecía por la otra puerta del vagón-restaurante.

El camarero negro le miró, pensativo. Sacudió la cabeza.

—No sé... —comentó—. No debo dar información.

—Vamos, vamos —el joven puso un billete de cinco dólares en el bolsillo de su chaqueta de uniforme—. Es sólo un interés personal. Hablamos en el comedor. Ella tuvo que marcharse de pronto. No se acordó de darme su nombre, pero usted debe conocerla. Es de cabellos rubio oscuros, ojos verdes. Muy bonita, joven, bella figura. Tiene que saber dónde está.

—Pues claro que lo sé —le brillaron los redondos ojos oscuros al camarero del coche cama—. No abundan las chicas así. Ni en este tren, ni fuera de él.

—¿Entonces...? —Con una sonrisa irónica, él puso un segundo billete, también de a cinco, en el mismo bolsillo superior de la chaqueta del camarero.

—Está bien —resopló el empleado de color—. Cabina 22... Y no diga que le envié yo, señor. Lo prohíbe el reglamento...

—No pensaba hacerlo, amigo —sonrió el joven, echando a andar por el corredor del vagón, sobre la mullida alfombra azul—. Gracias...

Llegó ante la cabina número 22. Golpeó suavemente con los nudillos. Esperó. Ni una voz al otro lado. Pero hubo un crujido proveniente de la litera, sin duda alguna. Volvió a llamar, sin violencia.

Una voz trémula preguntó al otro lado:

—¿Sí? ¿Ya llegamos, tal vez? ¿Es el camarero?

—No. No es el camarero —replicó él.

Otro silencio. Luego, la voz dubitativa de ella, llena de recelos, de temor quizá:

—¿Entonces... quién... quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—No se alarme. Soy su compañero de mesa en el vagón-restaurante. Deseaba verla.

—¿Por qué? —replicó vivamente—. ¡Márchese! ¡No me gusta relacionarme con desconocidos!

—Entre otras cosas, he venido a devolverle un bonito encendedor de oro...

—¿Un encendedor? —La voz de ella se mostró más medrosa y cuajada de sospechas que antes—. No, no es cierto. Me está mintiendo. Yo no tengo...

Se detuvo. Hubo un corto silencio. Luego, mientras él sonreía, ella se vio obligada a admitir, al otro lado de la puerta del compartimiento del coche-cama:

—Sí, está bien... —Su voz era apenas un leve murmullo ahogado, inquieto, nervioso—. Tiene usted razón. Debí dejarlo allí. Espere un momento. Le abriré. ¿Viene solo, supongo?

—Viajo solo —afirmó él—. Palabra que vengo solo. Si teme a alguien, como creo, no se alarme por mí. Estoy tratando de ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿En qué? —se empezó a abrir la puerta. Asomó el rostro pálido, demudado, de la joven viajera. Sus verdes pupilas se cruzaron con las grises del desconocido viajero. Pero no dejó sino una leve rendija para el mutuo cruce de miradas. Parecía reacia a ceder una sola pulgada más de abertura.

—No lo sé aún. Espero saberlo por usted, si es que quiere decírmelo —le mostró el pequeño, rectangular y plano encendedor de oro, de marca europea, con un bello anagrama que hacía destacar sus dos letras con leve centelleo bajo la luz del corredor: una S y una M—. ¿Es suyo?

—Sí —afirmó ella, suavemente—. Soy Sharon Marlowe. Es mi encendedor.

—Lo suponía. Se quedó en la mesa del vagón-restaurante —lo puso en su mano—. Como se alejó tan súbitamente...

—Lo siento. No fue culpa suya —se hizo a un lado repentinamente—. Pase, se lo ruego. Sólo un momento, claro. No

creo que en estos vagones autoricen a... Bueno, usted me entiende.

—Claro. La entiendo bien. Estaré solo un minuto, palabra.

—No es tan severa la cosa —ella le dejó pasar al interior de la cabina, mirándole fijamente. Sus dedos oprimían con fuerza el encendedor de oro—. Soy yo quien debe estar convencida de su propia honestidad, no los demás, señor...

—Oh, perdón. Mi nombre es Mark. Mark Farrow... De Nueva York.

—Nueva York... —Ella parpadeó con rapidez—. Creí que venía de Pittsburgh.

—De allí vengo. Pero llegué a Pittsburgh desde Nueva York —rió entre dientes él—. Eso importa poco, a fin de cuentas. Lo importante es que usted se encuentre bien ahora. La vi muy asustada antes, cuando escapó de allí.

—Sí. Confieso que... que me asustó alguien.

—¿El hombre de las gafas azules? —indagó Farrow.

—¿Cómo lo supo? —Le miró, alarmada—. ¿Usted... usted también le vio?

—Sí. Le vi al entrar. Parecía interesado en usted.

—Interesado... —musitó ahogadamente—. Sí, eso es cierto... Muy interesado. Me sigue.

—¿La sigue? —Farrow enarcó las cejas—. Bueno, no es para asustarse. Una joven como usted estará habituada a que los hombres puedan seguirla, incluso haciéndose algo molestos.

—No lo ha entendido. No es que me siga sólo en este tren, sino que... viene tras de mí con anterioridad. Estoy asustada, señor Farrow. Ésa es la realidad.

—Entiendo. ¿La ha molestado quizá? ¿Ha tratado de... de mostrarse violento en alguna forma?

—No. Eso es lo extraño. No me ha dirigido la palabra aún. Pero me sigue. Le he visto en diversos lugares. Pensaba que no estaría en el tren y...

Dejó la frase en el aire. El joven Farrow arrugó el ceño, intrigado. Contemplaba pensativo a la atractiva viajera.

—Hay un policía en el tren —comentó—. Quizá debiera informarle...

—No, no —habló ella, con rapidez. Quizá con demasiada rapidez, incluso—. Policías, no.

Farrow seguía mirándola. Sharon Marlowe se mordió el labio inferior, sin añadir más. Como temerosa de haber dicho ya demasiado. Luego, con mayor suavidad, controlándose, añadió:

—Creo que comprenderá. Nunca es agradable una cosa así. Policía, escándalo... Y, a fin de cuentas, no puedo acusar de nada a ese horrible hombre. Él podría alegar que es pura coincidencia, que no ha pretendido seguirme; que no me ha abordado ni importunado en absoluto. Y tendría razón.

—¿Usted cree que es coincidencia?

—No —los ojos de Sharon brillaron con algo parecido al miedo. Movi6 con energíla cabeza, en sentido negativo—. No lo creo.

—S6lo puedo ofrecerle una clase de ayuda —dijo con espontaneidad el joven—. Y es el abordar yo mismo a ese tipo, sin recurrir a policíal alguno.

—No, por favor. No lo haga, Tal vez sea peligroso, tal vez 6l sepa escabullirse con alguna excusa. Es mejor que no diga nada, se lo ruego... Dejemos así las cosas. Si, ya en Indianápolis, vuelve a verle o coincido con 6l en alguna parte, es posible que sí avise a la policíal, se6or. Farrow. De todos modos, le agradezco mucho su interés por mí.

—No tiene nada que agradecer. ¿Vive familia suya en Indianápolis, tal vez?

—Pues... sí —ella había vacilado un instante, para luego añadir su presurosa afirmación—. Sí, tengo unos parientes. Voy a pasar con ellos vina temporada.

—Oh, en ese caso no tengo por qué ofrecerme a usted. No me necesitará, pero si algo precisara de mí, me alojo en el Hotel Indiana, cerca de la World Ward Memorial plaza.

—Es muy amable, se6or Farrow —sonrió, algo forzada, Sharon—. Le aseguro que, si así fuera, no dudaríal en acudir a usted. Pero, por fortuna, no creo que se presente ese caso.

—O por desgracia... al menos para mí —sonrió a su vez 6l resignadamente—. Me hubiera gustado verla en la ciudad, menos... menos preocupada, y con una fecha libre para ir a alguna parte, que no fuesen las carreras de automóviles, por supuesto. [1]

—Por supuesto —ella se echó a reír, por primera vez, con aire realmente jovial. Luego, contempló con expresi6n de agrado el rostro viril y enérgico de su joven compa6ero de viaje—. De veras

lo lamento, pero no creo que disponga de tiempo para nada. Mi... mi familia, los pocos días que pasaré allí...

—De todos modos, si al menos quisiera darme usted la dirección, gustosamente la visitaría una vez, o le telefonaría para saber cómo va todo. Quizá la importune con esto, pero...

—No, me importuna. Mi familia se aloja en Wabash Avenue, cerca de Greek Street, justamente en el número 122. Pero ignoro su teléfono, aunque si lo desea, puede ir por allí algún día, y gustosamente le recibiré.

—¿De veras? —se animó la mirada de él—. Vaya, eso es diferente. Le prometo ir, señorita Marlowe... Bueno, he sido un poco precipitado en mis cosas, ¿no es cierto? Imagino... imagino que usted será soltera...

—No imaginó bien —suspiró Sharon con voz apagada, enturbiándose la luminosidad de sus verdes pupilas—. Soy casada, señor Farrow... Casada, y en vías de separación legal de mi esposo.

CAPÍTULO III

TRES, EN TERCERA PERSONA

Soy Lyman Marlowe. Esposo de Sharon Marlowe.

Quisiera saber dónde está ella, ahora. Es lo que más desearía saber en el mundo. Estoy intentándolo todo, pero no sé si resultará. Ese detective privado que he contratado, sigue sin encontrar su rastro, maldita sea.

Debo encontrar a Sharon. Todavía soy su marido ante la ley. Y eso es importante. No nos han concedido aún el divorcio. Esas cosas no son tan fáciles como cuando las hacen los tipos de Hollywood, o cuando uno tiene dinero suficiente para ir a Las Vegas o a Reno. No, no es fácil romper los lazos del matrimonio, ni siquiera cuando éstos se han atado solamente ante un juez de paz.

Tengo mis derechos, y pienso mantenerlos con firmeza. Mientras ella no aparezca, tampoco el juez concederá separación alguna. Falta el juicio de avenencia. Y aunque no habrá nunca esa avenencia ante nosotros, el trámite ha de seguir su curso. Yo seguiré siendo el marido de Sharon Marlowe. Y a ella le interesa escucharme, saber lo que pretendo. Sabe que tengo la sartén por el mango. Pero la maldita cobarde ha huido. Ha abandonado todo, porque no se ve capaz de afrontar sus responsabilidades.

No se ve capaz de afrontar... un crimen.

Sí, un crimen. Yo sé que ella mató a aquel hombre. Estoy seguro. Podrá decir lo que quiera, podrá negarlo, llorar, jurar y perjurar. Es bonita, es joven, es endiabladamente atractiva... y todos la creerán. Pero es culpable. Condenadamente culpable, yo lo sé.

Ella mató a Scott Mazin. Ella, la muy perra.

Y ahora, huye. Escapa. Se esconde. No sé dónde, pero daré con ella. Yo, Lyman Marlowe, su marido, encontraré a mi esposa.

Aunque se haya hundido bajo tierra. La encontraré. Y tendrá que aceptar mis condiciones. Vaya si las aceptará... En caso contrario, sabe lo que le aguarda. Sabe que yo puedo destruirla fácilmente. Soy el hombre que mejor puede acabar con ella y con su halo de inocencia y de tierna feminidad. Sabrá que no es tan difícil desprenderse de un viejo zorro como Lyman Marlowe. Sabrá que aún tengo suficiente inteligencia en este cerebro, que ella califica de *depósito de vapores alcohólicos*, para pensar y saber quién es la persona que comete un crimen y quién la que no.

Incluso borracho, soy capaz de pensar. Y de pensar bien. No importa que esté borracho muchos días de la semana, muchas semanas del mes, y muchos meses del año. Tengo la mente muy equilibrada, y ni el *whisky* ni la ginebra pueden desequilibrarla fácilmente. Ni siquiera los estupefacientes, qué diablos.

Estupefacientes.

Eso es lo que había tras de Scott Mazin. Ese bastardo encontró su merecido. Mi Sharon hizo bien en hincarle las tijeras hasta el alma. Un asqueroso sátiro, un cerdo corrompido, que sólo vivía para el vicio. Chantaje, juego, drogas, mujeres, alcohol... Una piltrafa, una sucia basura que despedía hedor. Supongo que ahora, donde está, apesta más aún. Sí, Sharon hizo algo realmente bueno. Pero Sharon debe pagar por eso. No se liquida tan fácilmente un asunto de sangre, con un cadáver por medio.

Tampoco se liquida a un marido, qué infiernos... No, preciosa. Estés donde estés oculta, tu querido esposo Lyman te busca amorosamente. A ti, y a tu dinero, claro está.

Te encontraré, Sharon Marlowe, amado esposa. Te encontraré, preciosa, te ocultes donde te ocultes. Tengo que repasar esa lista de amistades tuyas, de parientes posibles, de conocidos, de antiguos sitios donde residiste, antes de casarte conmigo aquella estúpida noche de tu vida...

Sí, encanto. Tengo que revisarlo todo a fondo hoy mismo, para tratar de localizarte antes que ese detective imbécil que he contratado. Te encontraré. Sé que te encontraré. Tú no lo deseas, lo sé. Es lo último que desearías en este mundo. Pero te encontraré, y te obligaré a que todo sea como antes, a que todo vuelva a ser bueno para mí.

Cuando menos, algo sí puedo afirmar, de algo que estoy

completamente seguro: hay una persona con la que no estarás ahora en modo alguno. El único lugar del país adonde jamás irías a ocultarte:

La casa de tu hermanastro Harry Hennesy...

Harry Hennesy...

Ése soy yo. A veces, me pregunto, si, realmente, soy yo aún Harry Hennesy.

Solamente un Hennesy, no un Cummings. Hay su diferencia, claro. Ser un Hennesy no significa nada. Ser un Cummings, es mucho. Significa una diferencia de muchos miles de dólares, diablo. Si no que se lo pregunten a ella. A Sharon Cummings.

Oh, ya lo olvidaba, Sharon Marlowe. Ése es su nombre actual. ¡Sharon Marlowe! Cielos, da risa pensarlo. Pero es así. Ese asqueroso alcohólico llamado Lyman Marlowe la hizo su esposa. Aún no sé cómo, pero lo hizo.

Su esposa... Sharon, que hubiera podido ser la esposa de cualquier hombre más joven, más atractivo, más rico y más inteligente que ese sucio Lyman, eligió a ese bastardo maldito. No, nunca entenderé a las mujeres. Y a Sharon, menos que a nadie.

Ella tiene dinero, claro. Demasiado dinero, mimos, caprichos... Todo lo que me faltó a mí. Ciertamente que yo no soy un Cummings. Yo había nacido ya, y tenía casi diez años, cuando mi madre se casó con Harrison Cummings. De ese matrimonio nació Sharon. Ella es la legítima hija de un Cummings, no yo. Mi padrastro jamás consintió en darme su apellido, el muy...

Bueno, dejemos eso. Dejemos en paz a los muertos. Pero creo tener mis derechos. Y los tendría, si ella... Bueno, si a Sharon le ocurriese algo, quiero decir.

Sólo que a Sharon no le ocurre nada. Y aún eso, provocaría problemas, porque está Lyman. Sí, es cierto que van a separarse, pero legalmente, aún son marido y mujer si algo ocurre.

Y algo ocurre. Algo puede ocurrir. Algo está ocurriendo, y puede llegar lo peor. Lo peor para Sharon, que sería lo mejor para mí.

No, no soy ningún Caín. Ella tampoco es precisamente Abel. Egoísta, mimada, caprichosa, capaz de todo sólo por hacer su voluntad, sin meditar en el daño que hace a los otros...

Y neurótica, además.

Tiene los nervios destrozados. Supongo que Lyman ha influido

en ello. Recuerdo la noche que la vi, después de... después de haber muerto aquel tipo, Scott Mazin... Estaba asustada, la verdad. Muy asustada. En plena crisis. En plena neurosis...

—¡Sharon! ¡Sharon! ¿Qué te ocurre, hermana?

—No, nada, nada, Harry. Te aseguro que no me ocurre nada.

—Sharon, estás pálida, tienes el rostro bañado en sudor... Y... tus manos... tu ropa... Llevas sangre en ellas. Manchas de sangre... y no estás herida, Sharon.

—Por Dios, no... —se contempló en ese momento, demudada. Miró sus dedos, salpicados de manchas de un rojo oscuro, sus ropas, con churretes de un feo color óxido. El terror la invadió, derramándose incluso por sus ojos muy abiertos—. ¡Oh, Harry, esto es espantoso, espantoso...!

—Tranquilízate —la tomé de un brazo, la llevé conmigo, calle abajo, y la metí en un pequeño bar, alumbrado con luces rojas, muy tamizadas. Suave música hawaiana se escapaba de un sistema de fondo musical, mientras unas camareras de rasgos orientales, con el vientre desnudo y las piernas asomando entre tiras de raña, sonreían, sirviendo en el mostrador y en las mesas de bambú. Con aquella claridad, las manchas de sangre eran prácticamente invisibles, dada la coincidencia de colores y la penumbra del lugar.

—No, Harry, no. Vámonos de aquí... Lejos de este lugar... —jadeó ella, entre dientes.

—Siéntate y serena tus nervios, Sharon —la contuve, enérgico—. Estás destrozada. Te va a dar algo, si sigues por ahí de este modo. ¿Vas a tomar algo? Algo fuerte, quiero decir.

—No, no...

—Tomarás un *brandy*. De un solo trago —hice un gesto a una camarera hawaiana, y le pedí dos *brandys*. Luego, me quedé mirando a mi hermanastra fijamente—. Y vas a decirme de una vez por todas, qué es lo que ha sucedido. Salías de ese edificio... Sharon, ¿qué buscabas en esa casa, por todos los diablos?

—Harry, por Dios, vale más que no preguntes nada —sollozó roncamente—. ¡No preguntes!

—Tengo que hacerlo, ¿entiendes? Éste no es un barrio recomendable para una chica como tú. Esa casa, manos aún. En la primera planta, hay un feo negocio. Chicas, teléfono y todo eso. Y

habitaciones para huéspedes de muy corto alojamiento. Arriba... arriba está Scott Mazin. Y ése es lo peor que hay en todo el edificio, ¿me oyes, Sharon?

—Scott... Mazin... —Se cubrió el rostro con las manos temblorosas—. ¡Qué horror!

—Conforme. Es un ser horrible, Sharon. Uno de los peores que conozco. Pero veo por tu reacción que sí le conoces tú también... ¿De qué, Sharon? Se supone que una Cummings, una mujer de tu condición social y económica no puede andar por estos sitios, conocer a gente como... como Scott Mazin... ¿Qué es lo que está pasando, de una vez por todas? ¿Qué buscabas en esa casa, por qué hay sangre en tus ropas y manos? ¿Vienes de... de ver a Scott Mazin?

—Oh, por favor, no me tortures más. No me atormentes con preguntas y preguntas, te lo suplico, Harry.

—Escucha, Sharon. Sé que no te he resultado nunca demasiado simpático —admití—. No nos hemos llevado bien, ni nos hemos querido como hermanos de madre. Tu orgullo y mi envidia, cada cosa por un lado, complicaron nuestra relación fraterna. Pero ahora estoy tratando de ayudarte, ¿entiendes? Quiero ayudarte a salir de posibles apuros. Y no podré hacerlo si no te sinceras conmigo. No podré sacar nada en claro, si tú no me ayudas. Dime, por Dios, ¿qué ha pasado entre tú y Mazin? ¿Por qué has ido a verle a su casa?

Ella me miraba fijamente, con ojos dilatados por el miedo y la angustia. Yo sabía de sus crisis nerviosas; de su pasada neurosis. Y esto no podía hacerle ningún bien. Los neuróticos pueden hundirse en una depresión sin fin, si se ven en problemas. O pueden exaltarse hasta el paroxismo, haciéndose violentos y peligrosos. Pero también peligrosos para sí mismos, puesto que pierden su propio control.

Sirvieron los *brandys*. Le hice tomar uno de un trago. No era lo más adecuado para una persona muy nerviosa, pero sí en estos momentos; sentaba como revulsivo. Yo mismo lo tomé también. Lo estaba necesitando. Y mucho.

—Yo... yo, Harry... —comenzó, sin atreverse a continuar.

—Sigue, por favor. Sigue, Sharon. Tienes que contarme lo que sea. Aunque tenga que ir arriba y matar a ese cerdo de Mazin —masculé.

—No podrás hacerlo ya —gimió—. Él está muerto.

—¿Qué? —Me incliné hacia ella, bruscamente.

—Está muerto, Harry. Asesinado con unas tijeras... —Me miró fijamente—. ¡Le mataron delante de mí, y ni siquiera sé quién era el hombre que huía, tras acuchillarle con esas enormes tijeras...! Sólo vi una sombra borrosa... Una sombra humana que desaparecía, que podría ser cualquiera... Cualquiera, Harry... Incluso... incluso... tú.

Me miraba fijamente, con repentino terror. Como si de pronto, sintiera miedo de mí. Como si su mente estuviera atando cabos y sacando conclusiones súbitas. Yo me encogí.

—Sharon... ¿Cómo se te ocurre...? —Comencé.

—Harry, tú... tú estás aquí, ahora. Junto a la casa de Mazin... Conoces a Mazin... ¿Por qué estás aquí en estos momentos?

—Bueno, yo no soy un Cummings —repliqué roncamente, sintiendo que empezaba a sudar—. Yo no... no tengo por qué negar que iba a ver a Scott Mazin esta misma noche.

—¿No subiste ya... y le mataste, Harry?

—No, Sharon —la miré con fijeza—. Te juro que no. Tienes que recordar cómo era ese hombre... y verás que yo no podía ser. Pero... ¿te vio acaso él a ti?

—Tuvo que verme —se estremeció angustiada, mi hermanastra—. Tuvo que verme, Harry... Yo yacía en el suelo, me estaba recuperando, volviendo a la consciencia cuando... cuando vi borrosamente la escena. Mazin ensangrentado, y aquel hombre... ¡Oh, Harry, era espantoso!

—Lo creo. De todos modos, eres tú quien va manchada ahora de sangre —le indiqué—. Tendrás que ver a tu abogado, te guste o no la idea... por si acaso.

—¿Qué quieres decir? —Se asustó Sharon, dilatando mucho sus bellos ojos verdes.

—Quiero decir que debes ir a ver a ese tipo que defiende y administra tus intereses, el honorable Buzz Goldman, tu abogado... por si alguien llega a acusarte de homicidio, hermanita.

Así intervine yo en el caso. Yo, Buzz Goldman, abogado y administrador de los bienes de Sharon Cummings, de casada, Sharon Marlowe.

Soy su abogado y amigo de confianza. Ella confía en mí, y yo estoy obligado a confiar en ella. Un abogado, siempre confía en su cliente. Y un amigo, siempre debe confiar en una persona amiga.

Confieso que, aun así, ella se quedó mirándome, tras su relato, con expresión dubitativa, temerosa.

—¿Qué te ocurre, Buzz? —musitó—. ¿Es que... no crees lo que digo? ¿Supones que miento o te oculto algo?

—No, Sharon —negué—. No creo eso. Sencillamente, me pregunto si van a creer los demás tu historia, cuando la relates. Sí, para todos, serás la persona inocente del caso.

—Harry ya habló en ese mismo sentido, Buzz. No irás a decirme que pueden... acusarme a mí de nada. Yo sería incapaz de...

—Lo sé, Sharon. Pero la policía querrá indagar muchas cosas sobre Scott Mazin. ¿Te ha visto alguien allí, esa noche?

—Solamente Harry, al salir... y el asesino, tal vez.

—El asesino... ¿No estás segura de si te vio o no? —Me quedé meditando, profundamente preocupado.

—No, no puedo estarlo. Todo fue tan borroso... Yo acababa de despertar, de abrir los ojos, de mirar en torno mío... Y la sangre era lo que más destacaba. Era horrible, Buzz...

—Cálmate —me levanté y fui hasta ella, apoyando con firmeza una mano en su hombro. Ella puso la suya sobre ella, y me sonrió débilmente. Traté de confortarla—: Todo se va a resolver favorablemente, Sharon. No tienes nada que temer. Pero ayúdame. Dime, ¿tú viste bien al asesino? ¿Podrías... identificarlo, en caso de verle en alguna parte?

—Cielos, no. No sólo eso, sino que ni siquiera vi su rostro. Y si lo vi... mi mente no logra recordar sino una mancha borrosa, turbia... No, no podría reconocerle jamás, Buzz.

—Bien... —Oprimió con más fuerza su hombro—. Has dicho que te levantabas del suelo, que volvías en ti... ¿Qué había sucedido, exactamente?

—Aquel salvaje de Mazin... Estaba drogado. Me golpeó, derribándome... No sé más. Al recuperarme, todo había sucedido. Ignoro cuánto tiempo estuve inconsciente, pero debieron ser varios minutos. No miró mi reloj. Ni al entrar, ni al salir de la casa. Era todo tan feo, tan sucio y tan vil.

—Entiendo. El propio Mazin lo era. Pero ante la Ley, es un ser humano al que otro ha matado. Si logran acusarte de algo, el problema sería igual que si el difunto hubiera sido un dechado de virtudes. Sharon, ¿por qué fuiste a ver a un hombre como Mazin?

¿Puedes contármelo a mí, como abogado tuyo?

—No —apretó los labios con fuerza—. No puedo, Buzz, y lo siento.

—Pero Sharon, yo necesito saber...

—No —cortó, rotunda—. Eso no. No quiero hablar. No lo haré, a menos que sea absolutamente preciso para salvar mi vida.

—Bien —suspiré—. Confiemos en que eso no sea preciso... y la policía no llegue a saber siquiera que tú estuviste allí. Si Harry no habla, no habrá nadie que lo sepa. Por ahora, sólo Mazin y el asesino lo saben. Mazin está muerto. El asesino, no creo que hable. El único problema, es tu hermanastro. Él no te quiere demasiado. Y ambiciona ser dueño de tus bienes.

—Lo sé. Sin embargo, espero que en algo tan grave no me denuncie...

—Esperemos que así sea. En caso contrario, Sharon, te llamarán como testigo. Y yo te tendré que proteger entonces, si queremos evitar una acusación formal contra ti, estoy seguro.

—Buzz, si llega ese día, confiaré ciegamente en ti —me declaró ella, espontáneamente.

—Gracias, Sharon —la miré dulcemente—. Gracias, amiga mía... No volví a ver a Sharon.

Repentinamente, perdió la serenidad sin duda alguna.

Y escapó. Desapareció de Pittsburgh.

Ahora sé que el capitán de Homicidios, Flanagan, sabe o sospecha algo. Me ha preguntado por su paradero. Están buscando a Sharon Marlowe.

Quizá como sospechosa de asesinato.

Y ni siquiera puedo avisarla. Ni siquiera sé dónde estará metida, ahora...

CAPÍTULO IV

MARK FARROW, EN PRIMERA PERSONA

No puedo hacer otra cosa.

No sé por qué lo estoy haciendo, pero sé que no podría obrar de otro modo.

Es una indiscreción, lo sé. No tengo derecho a hacerlo. Pero lo estoy haciendo.

Estoy persiguiendo a esa muchacha.

Yo, Mark Farrow, un simple compañero de viaje de ella, la estoy siguiendo cuando ya hemos dejado atrás el tren y estamos en Indianápolis.

Voy tras ella. Por las calles de la ciudad. Ignoro por qué lo estoy haciendo. Me he dicho a mí mismo, repetidas veces, que es porque no me gusta que me engañen.

Y ella me ha engañado. Pero puede tener sus razones para ello. Acaso la importuné en exceso, o me pasé, en mi afán de serle útil. Pero ella debió decírmelo sinceramente y no contarme mentiras.

Sí, mentiras. Estúpidas mentiras, sobre todo para un hombre como yo, que conoce perfectamente Indianápolis. Esa tonta historia de la casa de sus parientes en el número 122 de Wabash Avenue...

Yo conozco bien Wabash Avenue. Tenía unos amigos que vivían justamente en la última manzana de la avenida, junto a Greek Street. Era el número noventa y dos. No había más. No ha existido nunca el 122 de esa avenida y ella lo sabe muy bien. No vaciló al inventarse el número. Convencida de que, cuando yo fuese allí a verla, no encontraría ni rastro de tal lugar.

¿Por qué lo ha hecho? A veces parece tan sincera... Luego, de repente, resulta cínica en sus mentiras. Está asustada. Muy asustada, ésa es la verdad. La persiguen, y tiene miedo. No sé si tendrá

problemas con su marido. O con alguien más. Recela de los desconocidos. Y tiene pánico a ese hombre de gafas azules. Por cierto que no he vuelto a verle en el tren. Claro que puede haberse metido en su compartimiento. O haberse quitado, simplemente, sus gafas oscuras y sus guantes. Sin eso, supongo que pasará desapercibido por completo.

El taxi que me conduce ahora por Indianápolis, va detrás de ese otro coche de alquiler que ocupa Sharon Marlowe, mi compañera de viaje. Suponiendo que se llame realmente Sharon Marlowe. Oh, sí. Ahora recuerdo: su encendedor. S.

M. Sharon

Marlowe, evidente. No ha mentido en eso, parece ser. A menos que use el nombre y los objetos personales de otra mujer.

Éste no es el camino hacia Wabash, ciertamente. Acabamos de pasar el Memorial. Y vamos hacia la Catedral de Ritos Escoceses, Sí, ya la veo. Está allá, al fondo. Creo que nos dirigimos al lado totalmente opuesto a Wabash Avenue, y a Greek Street.

Ahora dobla hacia Lincoln Road. Mi chófer es bastante diestro. Ha logrado salvar, por décimas de segundo, un semáforo que cambiaba el ámbar al rojo. Y no hemos perdido de vista al coche de ella, El taxista por el retrovisor, me ha sonreído significativamente. Le he guiñado un ojo.

—Buena maniobra, amigo —he aprobado—. Aquí, todo el mundo domina bien el volante, ¿eh?

—Bueno, los hay mejores que uno —rió de buen grado—. Ahí tiene a ese Andretti, que es un fenómeno. O a Stewart, o Hill...

—Pues parece que su colega se ha contagiado de ellos —señalé adelante—. Acelera mucho su marcha, ¿no ve?

—Ya me doy cuenta —arrugó el ceño—. No creo que haya notado que le seguimos. Yo sé hacer estas cosas. Tal vez sea porque la ruta es tan amplia... y porque no van a virar ya en lo que les queda de camino.

Tuve que admitir mi respeto considerable a aquel buen chófer. El taxi no viró. Se detuvo en un punto de Lincoln Road, esquina a Motor Speedway Road. No pensaba dirigirse al gran autódromo de Indianápolis, ciertamente. Terminó su carrera ante un jardín amplio y bien cuidado, con cerca de madera pintada de verde manzana. Vi inclinada a Sharon Marlowe, pagando la carrera al taxista.

—Pase de largo —indiqué—. Y de prisa, amigo. Como si no nos importara nada todo eso.

—Entendido —me hizo un guiño y pasó por delante de la casa alegre, de largo porche, en medio del apacible jardín.

Era el número 78 de Lincoln Road. Vi el nombre de su propietario en el buzón situado en la cerca de madera:

RACHEL LANE

Anoté todo eso, aunque confiaba también en mi memoria, mientras el taxi me llevaba lejos de aquel punto. Mirando por la ventanilla posterior, vi a la dama del tren bajando del taxi y empujando la puerta de la cerca. Se adentró por el jardincillo, resueltamente. Llevaba sólo un pequeño maletín. Para una mujer como ella, significaba poco equipaje. Tal vez significaba también que su partida había sido precipitada. Y me pregunté si, realmente, procedía de Columbus, Ohio. Me daba la impresión de que al nombrar yo Pittsburgh, ella había tenido una rápida, casi inapreciable reacción.

—Bien, señor —dijo el chófer—. Ahora, usted dirá adónde le llevo.

—Al hotel Indiana —pedí, escueto, con un suspiro. Me eché atrás en el asiento, y sacudí la cabeza.

Seguía pensando en su mentira. Hubiera podido negarse a darme dirección alguna, y yo no hubiera tenido ninguna razón para molestarme por ello. En vez de eso, prefirió mentir y darme unas señas falsas, sin pensar que eso excitaría mis sospechas. Y también mi curiosidad.

Seguía siendo muy dueña de hacer lo que quisiera con su vida y con sus actos. Pero a mí me había irritado esa mentira, sin saber a ciencia cierta la causa. Quizá porque me había gustado la idea de que esa bella viajera confiase en mí. Y ahora comprendía que no fue así, en absoluto. Ella no confiaba en nadie.

O tal vez sí había alguien en quién confiar. Aquella Rachel Lane cuya vivienda visitaba, quizá para quedarse en ella.

Miré de nuevo tras de mí. Ya no se veía siquiera Lincoln Road. Sharon Marlowe se había quedado definitivamente atrás.

Pero no el hombre de las gafas azules. Ahora me estaba siguiendo a mí.

Cuando me di cuenta de eso, me sobresalté.

No era para menos, después de haberme tropezado con él en el tren, y haber sugerido a la joven la idea de que podía ser casual el encuentro repetido con él. Ahora en Indianápolis, el hecho de que estuviera detrás de mí no podía ser casual ni accidental.

Iba en un coche que seguía nuestra misma dirección. No era un taxi, aunque acaso fuese un coche de alquiler, pero en ese caso lo sería con chófer y todo, ya que un individuo joven, vestido con chaqueta de cuero negro, adornada con distintivos militares, conducía el vehículo, un «De Soto» azul, modelo con dos años de antigüedad, pero fuerte y rápido. Detrás, mirando con fijeza ante sí, a un punto que los vidrios de sus gafas no permitían descubrir, estaba el tipo del tren. Con sus manos enguantadas, su sobretodo gris oscuro, el azul reflejo de la luz en los lentes.

Seguramente me miraba a mí. Me seguía a mí. Si era así, habría pasado también por Lincoln Road. Y habría visto a Sharon Marlowe, ante la casa de aquella Rachel Lane...

Todo eso me irritó profundamente. Me incliné hacia el taxista. Puse ante él, cubriéndolo con mi cuerpo a cualquier observador situado tras de mí, un billete de veinte dólares.

—¿Cree que podría burlar a un tipo que nos sigue, pero de modo que, a su vez, sea él a quien sigamos nosotros, y le bloqueemos en algún sitio de la ciudad de donde no tenga fácil escapatoria?

—Pues... sí —rió entre dientes, tomando el billete con celeridad—. Sobre todo, si no conoce demasiado bien los vericuetos de la zona suburbana. ¿Vamos hacia allá, señor?

—Vamos a dónde sea, pero que el tipo no tenga salida posible. Quiero hablar con él un rato, sin correr el riesgo de que se me escape.

—Ya —miró por el retrovisor, y pareció preocupado—. ¿Es el «De Soto» azul?

—Sí, el mismo.

—Ellos son dos. Y a mí no me gusta meterme en jaleos...

—No se preocupe. Puedo con esos dos, si es lo que teme —reí—. A uno le sirve de algo aprender lucha oriental.

—Bien, eso es cosa suya. Yo haré lo que espera de mí. Agárrese bien, porque vamos a hacer filigranas por esas calles, en cuanto dejemos el centro urbano...

Y vaya si las hicimos.

El coche hubiera podido competir en una prueba de habilidad acrobática, en el propio autódromo de Indianápolis. Nunca he visto describir giros, vueltas y revueltas como aquella vez. Al poco rato, habíamos perdido definitivamente de vista, cuando menos a espaldas nuestras, al «De Soto» azul, con los dos ocupantes.

—Bueno, ya está logrado uno de los objetivos —comenté riendo—. ¿Y el otro?

—Mire, señor —me señaló adelante—. ¿Ve aquel cruce, donde el semáforo está en rojo? Allí tiene a sus amigos.

Sorprendido, observé eso. Luego, enarqué las cejas felicitando al taxista.

—Perfecto, amigo —aprobé—. Sólo nos queda bloquearle oportunamente.

—Lo haremos en el siguiente cruce —rió el conductor—. Ya lo verá.

Vaya si lo vi.

Alcanzamos un cruce donde era obligado virar, para cambiar de ruta, ante un disco de dirección prohibida. Era una bifurcación a dos calles: una lateral, estrecha, y otra en diagonal, más amplia.

Cuando dieron paso a los coches, mi taxista aceleró, hasta situarse casi junto al «De Soto». Cuando éste pretendió virar hacia la calle diagonal, le cortamos el paso bruscamente y de no virar con urgencia, metiéndose en la calleja lateral, hubiera colisionado con nosotros o con un muro de ladrillo.

La violencia de la maniobra le hizo entrar unas yardas en el callejón. Rápido, frenó el taxista, dio luego marcha atrás... y bloqueó el paso a la calleja, quedándose cruzado allí.

Yo entendí entonces. La calleja era sólo una manzana de casas y cegada por un muro de ladrillos en el fondo. Un callejón sin salida. Los dos viajeros del coche azul, estaban bloqueados por el hábil taxista que me conducía. Ahora, el resto era cosa mía.

—No necesita usted moverse, amigo —dije, escuetamente.

Y salté del taxi, avanzando decidido hacia el «De Soto».

La portezuela delantera se abrió. Saltó a la calzada el joven de la chaqueta de cuero. Resultó ser muy alto, enjuto y fuerte. Tenía aspecto de deportista. Pero también de rufián callejero.

—Oiga, ¿a qué están ustedes jugando? —masculló—. Pudieron

habernos estrellado, causando una tragedia, ¿es que no lo vieron? Ese taxista suyo es un maldito bastardo sin cerebro.

Yo no le hacía mucho caso, aunque le vigilaba con atención. Estaba mirando al hombre de las gafas azules, cuyo bulto impávido descubría dentro del coche, como ajeno a aquella situación.

—Ya han seguido a Sharon Marlowe hasta su domicilio en Indianápolis —acusé secamente—. Ahora me siguen a mí. ¿Por qué? No me gusta que nadie se pegue a mis talones. Y menos, cuando no sé quiénes son, ni cuáles sus intenciones, ¿han entendido?

—No sé de qué me habla. Nosotros no seguimos a nadie —rechazó el de la cazadora negra, de piel, salpicada de emblemas, bien nazis, comunistas, o americanos, en una curiosa y absurda amalgama—. Ustedes son los que vinieron detrás, ¿no?

—Eso ha sido sólo a última hora —le avisé secamente—. Bien sabe cómo ha sido antes. Nos costó trabajo librarnos de ustedes. Y más, aún, meterles en esta ratonera. ¿Por qué no dice a su amigo, el de las gafas azules, el tipo que acaba de llegar en tren, que salga de ahí y de la cara por una vez en su vida?

—Empieza a hartarme, de modo que hará bien en largarse y no hacer preguntas estúpidas —se enfureció el joven, avanzando hacia mí dos pasos amenazadores—. Es mi último aviso.

—No me gusta que los demás me digan lo que debo hacer. Me iré cuando sepa quiénes son ustedes y por qué me seguían a mí —insistí, terco.

—Muy bien. Si no entiende ese lenguaje, veremos si entiende éste —silabeó con ira mi interlocutor.

Y un chasquido, en su mano zurda, señaló la salida de una rígida lengua de acero afilado, punzante. La hoja de una navaja automática, manejada con pulso firme.

Saltó hacia mí, el acero por delante. Eludí con un salto lateral el que podía ser un impacto muy serio contra mi torso y brazo, con aquella punta de acero, incisiva y centelleante. Sentí el roce de la hoja, cuyo filo rasgó mi chaqueta a la altura del bíceps derecho.

Es todo lo que soporté de aquel peligroso individuo. Empezaba a estar harto de él, del hombre de las gafas azules y de muchas cosas más.

Esta vez, pasé yo al ataque. No importaba que él llevase navaja y yo no. Equilibré enseguida la balanza. Me precipité sobre su brazo

armado. Él sonrió, seguro de sí, y me tiró una puñalada brutal al rostro.

Esperaba henderme la mejilla de lado a lado, desfigurándome para siempre. Sin duda se dijo que yo era el adversario más torpe y necio que jamás encontró ante sí. Pero si pensó eso, debió cambiar muy pronto de opinión. Justamente cuando yo le aferré fuertemente aquella muñeca en una llave vertiginosa, la torcí, volteándole todo el cuerpo y saliendo disparada la navaja, que fue a clavarse en un postigo de madera de una ventana del callejón sin salida, con vibrante zumbido.

El individuo aulló lastimeramente, al verse lanzado, con el brazo roto, estirados sus dedos, inerte la mano, tras el crujido del hueso en la voltereta que, de haberlo deseado yo, hubiera sido mortal para él, estrellándole de cabeza en la pared. En vez de eso, le dejé caer en el asfalto, con un alarido de dolor, al rebotar su cuerpo y brazo fracturado en el duro suelo.

Se quedó inmóvil, jadeante, casi lloroso, convulso por la ferocidad de la acción que yo emprendiera contra él. Las prácticas de la lucha oriental habían sido para él una prueba demasiado dura.

—Y ahora, señor de las gafas azules —avisé con acritud al hombre del coche—. ¿Va a salir a discutir conmigo una cuestión... o no?

Se abrió la portezuela del asiento posterior del coche. Asomó el rostro frío, inexpresivo, de anchos vidrios azul oscuros velando sus ojos y también en parte su propia faz y su gesto.

—Muy bien —oí su voz susurrante, tan helada e inescrutable como él mismo—. ¿Qué es lo que desea usted de mí, señor?

Y observé que su mano empuñaba una pistola automática de alargado cañón. Supe que era un silenciador. Y que si disparaba en ese momento contra mí, nadie iba a enterarse, ni tan siquiera mi cercano taxista.

Intenté hacer algo, a la desesperada, No me fue posible.

Él disparó sobre mí, sin vacilar. Sin darme oportunidad alguna.

CAPÍTULO V

MARK FARROW, EN TERCERA PERSONA

El capitán de policía de Indianápolis, Howard Landis, meneó la cabeza, contemplando al hombre que subían en la ambulancia, rígido en la camilla, cubierto con una sábana hasta el mismo cuello, mortalmente pálido su rostro exánime.

—¿Su nombre? —indagó un agente uniformado, que venía hacia él.

—Mark Farrow —el policía consultó los documentos de una billetera, calmosamente: permiso de conducir, tarjeta de la Seguridad Social, carnet profesional... Añadió escueto—. Experiodista y fotógrafo especializado en reportajes gráficos. Actualmente, escritor e ilustrador de sus propios libros con fotografías propias. Es lo que dice aquí.

—Bien, bien —se impacientó el capitán Landis—. ¿Procede de...?

—Nueva York. Pero lleva un billete de ferrocarril Nueva York-Pittsburg-Indianápolis, y regreso. No lleva fecha de viaje de vuelta, todavía.

—Entiendo. ¿Domicilio aquí?

—No figura. Pero lleva una tarjeta del hotel Indiana.

—Veremos si allí tiene habitación o hizo reserva alguna —el oficial de la policía local miró su reloj—. Es demasiado pronto para que haya tenido tiempo de dejar el tren en Pennsylvania, llegar adonde fue herido, y previamente haber estado en el hotel. Quizá le sucedió viniendo de camino desde la Estación Central. Averigüen todo, eso, así como el motivo de su llegada aquí. Y también si algún taxi le condujo hasta el lugar del suceso, ya que al parecer tuvo que utilizar un coche para cubrir el trayecto de la estación hasta aquí.

—Sí, capitán. Todo eso se está haciendo ya. Parece que hubo un taxi en el lugar y que, por alguna razón, en vez de permanecer aquí tras el suceso, escapó rápidamente al caer herido ese hombre. Si logramos su número de matrícula, o cuando menos el de su taxímetro, le localizaremos rápidamente, no lo dude. Dicen que hizo una maniobra peligrosa, obligando a un coche azul, un «De Soto» de dos años de antigüedad a meterse en el callejón. Luego, nadie se enteró de nada más.

—Un «De Soto» azul... —El policía arrugó el ceño—. Hay huellas de neumáticos en el callejón, y son de un neumático Firestone para esa clase de coches. Tomen la huella de ese dibujo de neumático, y revisen todos los «De Soto», azules, o no, que encuentren en la ciudad.

Si no es un coche robado o alquilado, cabe que sus ocupantes le cambien de color rápidamente si han de utilizarlo en el futuro.

El agente asintió, tomando rápida nota de todo eso. El capitán vio cerrarse las puertas posteriores de la ambulancia. Ésta arrancó, haciendo sonar su ululante sirena. Un hombre con gabardina azul oscura, se aproximó al capitán. Éste le contempló, con expresión pensativa.

—¿Y bien, doctor? —se interesó—. ¿Cómo está el herido?

—Tuvo suerte —el forense se encogió de hombros—. Podría estar muerto. La bala le rozó la frente, junto a su sien. Le rasgó la piel y sangró abundantemente, incluso desde su cuero cabelludo. Le afectó a algún nervio, y se desplomó sin duda como muerto, pero eso fue todo. Si no se complica alguna posible lesión nerviosa, cosa que no espero, está a salvo. Ya le dije que tuvo mucha suerte ese hombre...

—Capitán, mire esto —un agente le mostró la madera de una ventana, con una navaja clavada en ella, casi hasta la empuñadura. Era un arma automática, de las que habitualmente utilizaban los maleantes, en los bajos fondos, y los hampones jovenzuelos para sus riñas—. No la hemos tocado, por si tiene huellas...

—Obtengan las que encuentren en ese arma —miró en torno, observando el callejón corto y sin salida. Sacudió la cabeza—. Si es alguien que esté fichado, algo habremos ganado con eso. Pero no sé por qué, todo esto me parece un tremendo galimatías...

—Aquí hay algo más, capitán —dijo el agente que retenía el

billetero de Farrow. Mostró una tarjeta con un membrete y la fotografía del herido—. ¿Qué le parece esto?

—¿Qué diablos me va a parecer, si no sé aún lo que es? —refunfuñó Landis, acercándose y tomando el documento, que leyó muy atentamente. Al final, se frotó la barbilla, sorprendido—. Vaya... ¿Con que el señor Farrow es nada menos que un experto en judo y karate? Indudablemente, el que le hirió lo sabía... y tiró a matar. Tal vez esa navaja indique que alguien mordió el polvo a manos de nuestro desconocido forastero, y eso le hizo disparar al agresor. No deja de ser una teoría bastante plausible... aunque tendremos que esperar a que ese joven vuelva en sí y nos la confirme...

Mark Farrow miró fijamente a la enfermera. Ella le sonrió.

—No está autorizado por los reglamentos del hospital, que haga usted llamadas a personas que no sean familia suya, señor Farrow —explicó.

—Lo siento —suspiró él—. No tengo familia en Indiana. Pero con suerte, la persona a quien deseo llamar... podría llegar a ser familia mía alguna vez.

—Oh, entiendo... —Los ojos de la enfermera brillaron—. ¿Es... su prometida?

—Bueno... —Farrow carraspeó—. No puede decirse exactamente eso, porque la dama a quien voy a llamar, está casada, enfermera.

—¿Casada? —se escandalizó la enfermera—. ¿Y dice usted... que podría llegar a ser familia suya? No querrá dar a entender que...

—No quiero dar a entender nada inmoral, enfermera —rió él, de buena gana—. Se trata simplemente de esperar... a que se divorcie. Está tramitándolo.

—Oh, entiendo. Perdona si pensé mal... —Hizo un gesto dubitativo. Luego, miró al teléfono de la mesilla—. Está bien. Por una sola vez, seré benévola con usted. Puede llamarla. Dígame el número, y yo lo pediré a la centralilla...

—Tendrá que buscarlo en la guía —suspiró Mark—. No sé cuál es su número de teléfono.

—Qué extraña relación la suya, con esa dama —la enfermera se encogió de hombros—. En fin, dígame el nombre o el domicilio, y me ocuparé de ello...

—Rachel Lane —indicó Mark—. Lincoln Road, 78.

—Un momento —se inclinó sobre el teléfono. Lo descolgó, pidiendo a la telefonista—: Quiero el número de Lincoln Road, 78. A nombre de Rachel Lane, creo. Y póngame con él.

Esperó. Finalmente sonrió, tendiendo el teléfono a Mark.

—Su número —dijo—. Ya suena la señal de llamada.

—Gracias —lo tomó, justo cuando al otro extremo del hilo descolgaban.

—¿Dígame? —Sonó una voz femenina, suave y educada—. Aquí Rachel Lane...

—Señorita Lane, deseo hablar con Sharon Marlowe.

—¡Sharon! ¿Cómo sabe usted...? ¿Es algún amigo de ella? —Había sorpresa en su tono de voz.

—Sí, soy amigo de ella. Dígle que se ponga. Llama Mark Farrow, su amigo del ferrocarril. Es todo.

Esperó, imaginándose el estupor de ella. Hubo una larga pausa. Al fin, otra voz de mujer, más cálida y profunda:

—¿Quién... quién ha dicho usted qué es...?

—Señora Marlowe, soy Mark Farrow, ya me conoce. Soy el del coche-restaurant; el de su cabina del coche-cama.

—¡Usted! Pero... pero ¿cómo pudo...?

—¿Cómo pude dar con usted? —Mark rió entre dientes, aunque a su humor había que añadirle cierta acritud—. Creí que me había dado usted misma sus señas en Indianápolis, ¿no lo recuerda ya?

Hubo otro silencio. Pensó que colgaba, pero no fue así. Su voz ahora sonó tímida, dolorida:

—Lo... lo siento. No podía fiarme de usted. En realidad, no me fío de nadie. No sé cómo supo mi paradero, ni el nombre de mi amiga Rachel, pero... pero esta llamada me asusta. Si usted lo sabe... también... también... pueden saberlo... ellos...

—¿Ellos? Creí que sólo temía a un hombre; el de las gafas azules, señora Marlowe.

—Bien, yo... yo no sé exactamente cuántos ni quiénes puedan ser. Pero me persiguen. Se lo dije entonces —la voz de Sharon temblaba ostensiblemente en la distancia.

—Está en lo cierto. Saben dónde vive usted.

—¡Dios mío, no!

—Espere. Hay más: han intentado asesinar a mí.

—¡No, no...! —El horror hizo sonar ahogada la voz de ella—. Eso no es posible.

—Estoy hospitalizado. Herido. Pero pudieron haberme matado, de no haber estado la suerte de mi lado.

—Pero... ¿cómo pudo suceder? ¿Cómo, señor Farrow? —Casi gritó Sharon desde el teléfono.

—Se lo contaré personalmente, si me deja verla más adelante —suspiró él—. Es largo y complejo. Pero se trata del mismo hombre. El de las gafas azules.

—Cielos...

—Iba con otro hombre armado. Me disparó. No sé más. He recobrado el conocimiento en el hospital, y me han dicho que vivo de milagro. Lo lógico era recibir la bala en el cerebro, y estar ahora, en la eternidad. Así fueron las cosas. Creo que merezco me preste una atención; que me deje verla, explicarle, y que trate de ayudarla, si puedo. Ese individuo que intentó matarme a mí, no creo que vacilase en hacer lo mismo con usted.

—Estoy segura de que no —tembló su voz—. No vacilaría. Pero si él me encuentra... No sé. Será horrible.

—Escuche. Convenza a su amiga, la señora o señorita Lane. Busquen otro lugar donde residir momentáneamente, y, preferible fuera de la ciudad. Hágalo, se lo ruego. Puede ser cosa de vida o muerte. Y no olvide decirme dónde puedo localizarla, o en qué forma.

—Haré lo que pueda, se lo aseguro. ¿Está convencido de que ese horrible hombre sabe dónde me encuentro?

—¿Si lo estoy? —Farrow soltó una leve, dura carcajada—. Mire, no trate de engañarse a sí misma. Sería fatal. Venía tras de mí cuando yo pasé ante esa casa de Lincoln Road y la vi entrar en ella. Y luego es cuando nos enfrentamos ambos. ¿Le basta eso?

—¿Si me basta? Dios mío —su tono agitado era convulso, ahora—. Intentaré salir de la ciudad, ir con Rachel adonde sea. Le avisaré, Farrow. No sé cómo, pero le avisaré. Sí, ya sé. Vaya a la oficina telegráfica, a lista de Telégrafos. Enviaré un telegrama a su nombre. Firmado con el nombre de Sally, por ejemplo.

—Correcto, sí —aceptó Farrow—. No se me olvidará. Hágale lo antes posible. Piense que es cosa de horas. Quizá de minutos. Convenza a su amiga, hágale ver lo grave de la situación.

—Sí, está tranquilo. No perderé un momento. Tengo dinero para resolver los problemas que surjan, no se preocupe. Y... y gracias por todo, Farrow. Nunca olvidaré esto. De veras. Trataré alguna vez de compensarle del peligro vivido.

—No se preocupe por eso, señora Marlowe. Usted es quien importa. Creo que la policía va a interrogarme sobre ese atentado. Espero que ellos también la buscarán a usted, una vez sepan...

—¿La policía? —Nuevamente el miedo asomó a su voz—. ¡Oh, no! No les diga nada de mí por ahora. Se lo ruego, Farrow. Es importante.

—No creo que tenga otro remedio —dijo Mark, sorprendido—. ¿Es que usted... teme algo?

—Sí —afirmó la voz de Sharon—. Se lo diré cuando le vea personalmente. Pero sepa... sepa que, si ellos me encuentran ahora, antes que usted, podrían acusarme de un delito que no cometí.

—¿Un delito? ¿Usted?

—Un crimen, Farrow —dijo. Y colgó.

Mark se quedó rígido, con el auricular pegado al oído, mirando incrédulo el micrófono. Como si quisiera responder algo. Pero sabiendo que nadie podía oírle. Sabiendo que ya todo era inútil.

Colgó despacio. La enfermera le miraba, intrigada. Le dirigió una leve sonrisa.

—¿Muchos problemas? —indagó.

—Muchos —asintió Farrow, arrugando el ceño—. Por favor, ¿quiere traerme un zumo de naranja o algo parecido? Tengo sed.

—Sí, espere un momento —ella se levantó, con un suspiro. Era joven, bien parecida. Y el blanco uniforme y las medias de blanco nylon no hacían sino destacar sus jóvenes formas. Miró a Farrow de soslayo y se encaminó a la puerta, comentando con cierto humorismo—: Estoy segura de que esa dama, en cuanto se vea libre de su esposo, dejará de ser soltera para casarse nuevamente con usted. Y lo encuentro lógico, señor Farrow.

Se ausentó, dejándole solo. Mark sonrió ante el cumplido indirecto de su enfermera. Pero en cuanto ella estuvo fuera, su gesto se endureció... Saltó del lecho rápidamente. Se inclinó, mirándose en un espejo. Tenía una señal sanguinolenta en toda su frente, sien y cuero cabelludo. Y una larga tira de esparadrapo y gasa cubriendo su herida superficial. Se puso los pantalones y abotonó del todo su

camisa. Con rapidez, anudóse la corbata, tomó la chaqueta, y la abotonó, para tapar las salpicaduras de sangre en la corbata, procedentes de su herida.

Satisfecho con todo ello, tras meter rápidamente sus pies en el calzado tipo mocasín, sin cordones, salió de la habitación del hospital. Palpó su bolsillo. Le habían reintegrado los documentos que la policía retuviera en principio, para identificarle. El agente de servicio, al entregárselos, le había dicho que el capitán Landis, de la policía Metropolitana de Indianápolis, no tardaría ni dos horas en ir a verle. De eso hacía una hora larga. Tendría que darse prisa. Y se la estaba dando.

Salió al corredor. Cerró con cautela. Echó a andar, pasillo adelante. Con firmeza, con seguridad, con energía y decisión. Como si en vez de un paciente internado, fuese un médico o un enfermero. Claro que estaba su apósito de la frente, pero podía ser simplemente un hombre a quien curaban y se marchaba inmediatamente. O un visitante herido. Lo cierto es que llegó a la planta baja del hospital, sin ser molestado.

Allí, esperó a que unas enfermeras se aproximasen a recepción, con unos informes clínicos. Rápido se deslizó hacia la puerta vidriera, por la que salió a la tarde apacible y nublada de Indianápolis. El ambiente olía a sulfuro y humedad. Quizá llovería, O quizá no.

El tiempo no le preocupaba. Lo importante es que se había evadido limpiamente del recinto sanitario. Y que estaba ahora al aire libre, como cualquier otro ciudadano. Sólo un poco más, y la policía daría orden de captura a su nombre. De eso estaba bien seguro. Pero no le preocupaba. Incluso tenía algo de excitante. No tenía nada que ocultar ni nada qué temer. Y había advertido, súbitamente, que no quería declarar nada que pudiese perjudicar a Sharon Marlowe. Era estúpido, si se quería. Pero era su modo de pensar, y sería fiel a ello. Que era como serlo a sí mismo.

Podía dirigirse ahora a Lincoln Road 78. Pero no quiso hacerlo. No debía provocar riesgos a Sharon. Ella había hablado de un crimen. Eso era grave. Muy grave. Sobre todo, andando por medio un asesino con gafas azules, provisto de pistola con silenciador... y con una escolta formada por un joven rufián navajero de los bajos fondos.

En vez de ello, se encaminó en busca de un alojamiento que no fuese, desde luego, el Indiana Hotel. Algo mucho más modesto, menos visible. Una fonda de mediana categoría, en una barriada industrial de la ciudad, sería suficiente por el momento. Y, desde luego, con un nombre supuesto. O medio supuesto. Su nombre real era Mark David Farrow. Se inscribiría como David Farr. Era casi como no falsear nada.

Solamente una hora más tarde, todo sucedía conforme pensó Mark Farrow. David Farr, procedente de Nueva Jersey, se alojaba en un edificio dedicado a alquiler de habitaciones modestas, pero limpias y decentes, sobre un gimnasio deportivo y un restaurante de precios módicos, en South Street.

Y el capitán Landis, ante la desaparición misteriosa del paciente Mark Farrow, herido por un disparo de bala por personas desconocidas, daba orden general de busca y captura, a nombre de Mark Farrow, de Nueva York, exreportero y actual escritor de libros de viajes y reportajes de actualidad.

Mientras tanto Farrow confiaba, cuando menos, en que una mujer perseguida, llamada Sharon Marlowe, estuviera poniéndose a salvo de los dos grandes peligros que la acechaban: la policía... y el asesino de las gafas azules y las manos enguantadas.

CAPÍTULO VI

RACHEL LANE, EN PRIMERA PERSONA

Empezaba a entender algo de todo aquel lío. No mucho, pero algo.

La miré muy preocupada. El gesto de Sharon era grave, medroso. Y parecía tener toda la razón para ello.

Yo no podía imaginar que sus problemas fuesen tan serios. Y tan complicados, además.

—Es demasiado súbito todo, Sharon... —Traté de argumentar.

—Lo sé. Siento todo esto. Si quieres quedarte tú, no puedo oponerme. Pero te advierto que puedes peligrar. Ellos vendrán aquí. No creerán nada de cuánto les digas. Imaginarán que les engañas. Son capaces de todo. De torturarte, de lo que sea... ¿Te das cuenta de eso, Rachel? No te serviría de nada decir la verdad; que no sabías cosa alguna sobre mis dificultades, que no tienes idea de adónde me he dirigido... Es mejor que nos vayamos las dos. Tengo medios, no temas: dinero en efectivo, *travellers checks*, órdenes bancarias de pago. Por fortuna, lo único que no me falta es el dinero. Prepara lo mínimo. Si algo te falta, lo adquiriremos adonde vayamos, no temas. Pero apresúrate. Una demora puede sernos funesta...

—Sí, sí —acepté al fin, con inquietud—. Puestas así las cosas... Serán sólo cinco minutos. Lo preciso para ponerme algo cómodo, echar lo indispensable en una bolsa de viaje... y dejar una nota a Al...

—¿Al? —se interesó ella, mirándome alarmada.

—Sí, Al Friedman, mi prometido —traté de hacerla comprender—. Viene este fin de semana a Indianápolis. Con un amigo, compañero suyo de trabajo. Le esperaba hoy.

—Pero no puedes decirle el lugar adonde vamos. Podría sorprender alguien esa nota.

—No le diré nada —me mordí el labio inferior. Todo aquello era un problema tan complejo como inesperado, y me tenía desconcertada. Pero Sharon era mi amiga; mi mejor amiga. Y no iba a dejarla en la estacada, ni mucho menos. Tras un momento de vacilación, sacudí la cabeza—. Le diré que llame a Peggy.

—¿Quién es Peggy?

—Fue una compañera mía cuando trabajé en la emisora de radio. Ahora trabaja en el Estudio de TV. Ella atenderá a Al. Luego podemos telefonarla y darle algún informe para que Al nos localice. Porque supongo que habrá teléfono adonde vayamos y Al no te resultará sospechoso, ¿verdad? —Y reí, de buen grado entre dientes.

—No, por Dios, no digas esas cosas, Rachel —se disgustó ella—. Debes perdonarme muchas cosas. Esto, entre ellas. Pero se trata de...

—Ya sé, ya sé. Se trata de nuestras vidas. Eso basta —comencé a desabrocharme la blusa, y recordé que ni siquiera llevaba corpiño, debajo. Pero ni lo necesito habitualmente, ni había delante nadie, salvo mi amiga Sharon. Eché a andar hacía mi habitación para cambiarme. Añadí por el camino—: Espero que ese amigo tuyo, ese Farrow, pueda hacer algo por nosotras, si vienen mal dadas. Si es tan guapo y arrogante como dices, no nos vendrá mal su visita... y su ayuda, claro.

—A veces logras hacerme reír incluso en los peores momentos —suspiró Sharon, aunque tenía sus ojos tristes al abrir los labios en una sonrisa—. Farrow es un gran tipo. Pero me temo que también a él le metí en dificultades, Rachel.

—No, si en eso se ve que te las pintas sola, querida —comenté riendo, ya fuera de la habitación.

El taxi nos dejó en un villorrio cercano, en la carretera de Rushville, no lejos de la vía férrea a Cincinatti.

Pero allí no terminaba nuestro viaje. Sharon era quien dirigía la maniobra. Admiraba yo su serenidad y sangre fría. A pesar de que se leía el miedo en sus ojos, en su expresión y en el nerviosismo tenso de sus actos, de sus palabras.

Esperamos el *bus* de Newcastle, y lo tomamos diez minutos más tarde, en una solitaria parada de carretera, no lejos de la gasolinera y el parador cuyas luces fluorescentes brillaban allá en la distancia, al atardecer nuboso, que presagiaba ya inmediata lluvia. Y quizá hasta temporal, porque el viento era frío, pegajoso, y entre los nubarrones oscuros del horizonte, se veía el centelleo cárdeno de los relámpagos. Tampoco llegamos hasta Newcastle. Evidentemente, Sharon sabía cómo actuar. Ella era la perseguida, aunque ahora también me sintiera yo igual, de rechazo. Nos detuvimos en un lugar pequeño, virtualmente un agrupamiento de edificios residenciales, con un motel y una capilla, al lado este de la carretera secundaria que seguía el autobús en aquel recorrido.

Leí su nombre en un indicador: Pontiac City.

No tendría más, allá de quinientos habitantes, estaba segura de ello. Pese a su proximidad de Indianápolis, nunca había oído hablar de esa población. Y estaba lo bastante aislada y solitaria como para resultar difícilísima su localización.

—Bueno, ¿y ahora, qué? —pregunté a Sharon.

Ella me señaló el motel. Sonrió, pensativa, astuta incluso.

—Cualquier viajero se dirigiría allí —dijo—. Tardarían poco en dar con una, de ese modo. La persona acosada, Rachel, es como la fiera perseguida por los cazadores. Busca el cubil seguro, el refugio difícil. Eso es lo que hago yo. Me están enseñando a huir, a ocultarme. Y sé hacerlo, querida.

—Pero todo esto, ¿por qué, Sharon? —Traté de averiguar—. ¿Por qué?

—Rachel, es importante —me dijo, acercándose, aferrando mi muñeca y mirándome fijamente en la oscuridad del anochecer, con el reflejo de la luz de mi puesto ambulante; un vagón destinado a despachar hamburguesas y *hot dogs* a poca distancia nuestra, entre dos edificios sin luces en sus ventanas y porches—. Muy importante. Hay un crimen por medio.

—¿Un crimen? —Me estremecí. La miré, incrédula. Recordé algo lejano, difuso—. ¡Oh, Sharon, no me cuentes fantasías! El doctor, aquella vez, dijo que habías sufrido una... una grave...

—... Neurosis —completó secamente, mi amiga. Afirmó, sombría—: Sí, Rachel. Una tremenda neurosis. Eso es lo que lo provocó todo. Lo que ese canalla de Scott Mazin quiso aprovechar

en su beneficio. Me Citó. Me amenazó. Tenía pruebas, dijo. Incluso fotografías.

—¿Fotografías? —Enarqué las cejas. Cada vez entendía menos—. ¿De qué, Sharon? ¿Quién era Scott Mazin?

—Un drogadicto. Un asqueroso hampón, soez y envilecido. Siempre sediento de alcohol, de mujeres, de estupefacientes. Conocía mucho a Harry, mi hermanastro. No sé si también a mi marido. Pero no me habló nada de eso. Ni tampoco Lyman me habló de que conociese a Mazin. Harry sí lo admitió. Incluso estaba en las proximidades de su casa la noche del crimen.

—Espera, te lo ruego —traté de calmarla, de serenar sus nervios y hacer coherente su historia—. Ese Mazin te llamó. Te enseñó unas fotografías. ¿Qué fotografías? ¿Acaso algún desliz tuyo con... otro hombre?

—Por Dios, Rachel, ¿crees eso de mí? —Se dolió ella, contemplándome—. No, no eran esa clase de fotografías. Mas para la policía serían peor aún. Eran infames trucajes, efectos especiales, fotomontajes positivos luego, y cosas así. Parecían auténticas, pero no lo eran. Y me presentaban... matando a un hombre.

—Matando... ¿a quién, Sharon? Porque el muerto ha sido ese Mazin, ¿no?

—Ése ha sido el segundo muerto, Rachel.

—¿Qué? —musité, sintiendo que, pese a todo mi valor, me estremecía, empezando a sentir algo muy parecido al miedo—. ¿Has dicho el segundo muerto?

—Eso es. Todo comenzó con Russ Webster. Le asesinaron de modo parecido a como lo fue luego Mazin. Una cuchillada atroz, en la garganta, con un largo cuchillo de cocina, puntiagudo y afiladísimo. Nadie supo quién lo había hecho. Pero en esas fotografías horribles... era yo la culpable. Yo aparecía, acuchillando a ese hombre en su habitación. Como si un testigo algo alejado, desde una ventana situada enfrente de la casa, hubiese tomado con teleobjetivo esas fotografías. Sentí horror, insulté a Mazin, rompí las fotografías... y él se echó a reír, cuando se las tiré a la cara. Afirmó que sobraban copias para los periódicos, para la policía, para Harry, para todo el mundo. Pero todo eso se podía resolver, pagando el precio adecuado.

—¿Qué hiciste?

—Le abofeteé. Incluso arañé su rostro, creo. Él me golpeó entonces, enfurecido. Y ahí terminó todo, Rachel. Cuando me recuperé... Mazin yacía con las tijeras hincadas en el pecho, desangrándose, y el asesino huía.

—Dios mío. Pero Sharon, verías algo, podrías...

—¿Identificarle? No. Igual me dijo ese hombre, Farrow. No reconocí nada. Estaba aturdida, lo veía todo turbio, confuso. Como en una pesadilla, ¿comprendes?

—Sí, sí. Pero ¿y ese otro hombre, el tal Russ Webster? ¿Por qué podían acusarte a ti de matarle? ¿Qué motivo podías tener tú para ello, Sharon?

—Lo tenía, Rachel —me confesó amargamente ella—. Por eso la trampa es perfecta, y la tela de araña me envuelve cada vez más tupida. Temo que llegue un momento en que no pueda salir de ella.

—¿Y ese motivo...? —Traté de saber, inquieta, mientras reanudábamos la marcha en la noche, y un lejano tamborileo nos traía la vecindad del temporal y las descargas eléctricas.

—Russ Webster, fue el culpable de mi neurosis —confesó ella—. Fue el hombre que... que me persiguió varias veces, intentando lo peor. Sabía que sería ultrajada por él, si me alcanzaba. Era un maníaco sexual, un auténtico sádico que disfrutaba con la angustia ajena. Me acorralaba siendo menor de edad, antes y después de morir mi padre. Nadie lo creía al decirlo yo. Incluso mi padre, buen amigo suyo, se reía. Buzz Goldman, mi actual abogado, que entonces era un joven y apuesto estudiante de Derecho, se burlaba de mis acusaciones a Webster, porque éste era un hombre rico, un industrial prestigioso, un buen amigo de papá, del propio Goldman, con cuya familia tenía negocios importantes, y que incluso llegó a arruinar al padre de Buzz Goldman, que terminó suicidándose, en una crisis depresiva.

—¡Dios mío! ¡Qué historia más tenebrosa, Sharon! Pero ese Webster, por muy amigo que fuese de tu familia y de tus amistades... algo demostraría. Revelaría algún indicio de sus intenciones...

—Oh, no. Jamás dejaba caer su máscara. Sólo una vez, creo... Cuando Goldman vio muerto a su padre. Quería matarlo, pero le sujetaron, impidieron su reacción. Luego, se impuso su cordura. Pero quiso demandar a Webster por estafa. Claro que tampoco

había pruebas. Ya te digo que el maldito Webster era hipócrita, inteligente, astuto, maligno como pocos. Y, finalmente, llegó su muerte.

—Sharon, ¿acaso tú... estabas cerca de él esa vez? —indagué, curiosa.

—Pude haberlo estado, para serte sincera. Me telefoneó, sabiendo que mi crisis nerviosa estaba en pleno auge. Mi neurosis, según los médicos, desembocaba en una manía persecutoria. Terminarían internándome. Y eso, según el cínico de Webster me dijo por teléfono, sólo beneficiaría a una persona: a mi hermanastro Harry Hennesy, heredero entonces de la fortuna. Yo no me había casado aún con Lyman Marlowe.

—¿Y...?

—Y estuve a punto de ir. Pero a mitad de camino, me volví. Webster me había prometido que no me perseguiría más, si eso tenía que beneficiar a un cerdo como Harry. Fueron sus palabras. Me prometió dejarme tranquila para siempre. Sólo quería algo a cambio: diez mil dólares.

—¿Chantaje? —Me sentí asqueada.

—Chantaje, sí. Es la palabra exacta. Decía que mi fortuna estaba valorada en más de setecientos mil dólares. Ante eso, diez mil apenas si era nada. Por entonces, papá ya no existía, yo era mayor de edad, y podía pedirle a Goldman el dinero, sin decirle para qué.

—¿Cómo puede existir gente así, querida?

—Existe. No sólo Webster, sino ese otro cerdo que fue Scott Mazin, E incluso Lyman, mi marido.

—¡Sharon!

—Es la verdad, no te escandalices. Él también es de esa especie. ¿Sabes por qué me casé con Lyman Marlowe? ¿De veras quieres saberlo, amiga mía?

—Bueno, si eso te va a hacer algún bien —dudé—. Si no, es mejor que calles, que no me digas nada, Sharon, amiga mía.

—Te lo diré —estaba en momento de confidencias, crispada y trémula. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Los verdes ojos de mi amiga, eran dos simas de amargura, de dolor, de exasperación impotente—. Esa noche, no fui a ver a Webster. Pero tomé el dinero. Se lo pedí a Goldman. Lyman Marlowe era pasante suyo por entonces. Negoció la entrega en efectivo. Yo no lo sabía, pero me

siguió, me vigiló. Luego, al volverme atrás, perdí billetes. No sé cómo, se encontraron junto al cadáver de Russ Webster, muerto de una cuchillada en su cocina, junto al gabinete donde había preparado los combinados y la música, y la media luz para recibirme. La Prensa dijo que esperaba a una mujer. Pero de esa mujer, nadie dijo nada, porque nadie podía saber nada. Yo no acudí. Le mataron, no sé por qué. Mi marido actual me vino luego con evidencias atroces: una fotografía ampliada del cadáver y los billetes de cien dólares que yacían cerca de él, en la moqueta. La numeración, vista con una lente de aumento, coincidía con la de los billetes que él me entregó... todos debidamente numerados correlativamente, puesto que formaban un fajo nuevo, de piezas bancarias por estrenar. Todos de cien dólares, como los que allí aparecían. Me amenazó con el escándalo y la ruina si no me casaba con él. Me horrorizó la idea, aunque Lyman nunca fue un hombre falto de atractivos. Sólo que no le quería, ni le pude querer jamás. Pero asustada, medrosa, oscilando siempre entre la manía persecutoria; mi neurosis que podía conducirme a una institución psiquiátrica por años, o a mi presunta culpabilidad, que podía llevarme a prisión por el resto de mi vida, en el mejor de los casos, acepté el compromiso. Me casé con Lyman Marlowe.

—Mi pobre Sharon —dije, patética, tomando sus manos, oprimiéndolas con el mismo calor que si fuese mi propia hermana—. Es una historia espantosa.

—Espantosa, Rachel. Porque luego, siendo inocente, Mazin también quiso chantajearme, para obtener dinero de mí, acusándome de algo que no hice. Y también a él le mataron.

—Sharon, ¿te has dado cuenta de algo? —le dije, sorprendida, casi con tono violento.

—¿Qué? —Me miró, asustada.

—A Webster había dos personas con razones sobradas para matarle: tu hermanastro, porque al renunciar a perseguirte y acentuar tu neurosis, estropeaba sus posibles planes de posesión de los bienes de los Cummings. Y tu abogado Goldman, porque él arruinó a su padre.

—Sí, eso lo he pensado a veces, Rachel —admitió ella, sombríamente.

—Pero hay algo más: a Mazin pudo matarle tu hermanastro

también, puesto que andaba cerca de allí, y podía temer que supiera demasiado sobre el fin de Webster. Ambos pueden ser culpables, aunque sólo Harry Hennesy de ambos crímenes, con motivo definido.

—¿Adónde vas a parar?

—A esto, Sharon: solamente tu esposo queda al margen de ambas cosas, en apariencia.

—¿En apariencia, dices? —puntualizó ella, deteniéndose de nuevo, junto a un césped bien cuidado que, en amplio rectángulo se extendía ante un edificio donde un cartel anunciaba el arrendamiento por semanas, de *bungalows* familiares, a precio razonable—. ¿Por qué lo expones así, Rachel?

Siempre he alardeado de ser una mujer fría, lúcida y tremendamente lógica en mis conclusiones. Traté de demostrárselo a mi amiga, esta vez:

—Porque en la primera ocasión, sólo él podía saber que tú llevabas billetes nuevos y de numeración correlativa, a Russ Webster. Sólo él pudo seguirte, ver que perdías esos billetes... y subirlos al piso de Webster cuando él fue asesinado. Luego, lo demás era muy fácil. En cuanto a la muerte de Mazin, ahora si logra probar que padeces una psicosis peligrosa, que tu neurosis degenera en algo parecido a la paranoia o a la manía persecutoria llevada hasta el crimen, logrará que te internen, o te ejecuten. Y en ambos casos, él se quedará con todo el dinero, burlando incluso a tu hermanastro, porque todavía es tu marido ante la ley.

—¿Quieres decir que él...? —Me miró aterrorizada, muy abiertos sus bellos ojos, tremendamente expresivos—. ¿Quieres decir que él, mi marido, puede ser el asesino en ambos casos?

—No tengo evidencias para acusarle. Ni a él, ni a nadie, Sharon, pero... ese hombre que te sigue ahora, el de las gafas azules y las manos enguantadas, es demasiado ostensible, demasiado evidente. Nadie que pretendiera pasar desapercibido seguiría de ese modo a persona alguna. Por tanto, podríamos suponer que Lyman Marlowe sólo busca acentuar en ti esa psicosis, provocarte otra crisis neurótica, a medida que tu manía persecutoria crezca gradualmente, y alcance un grado de paroxismo, al creerte perseguida, acosada.

—Pero... ¡pero yo no miento! No es que me crea perseguida,

acosada. ¡Es que me persiguen y me acosan! —Casi chilló Sharon, exaltada.

—Por favor, no te excites —la dominé, con suave ternura—. Yo sé que dices la verdad. Y ese hombre, Mark Farrow, lo sabe, porque ha visto al hombre de las gafas azules. Pero estuvo a punto de morir, y sólo la buena fortuna le libró de ello. Imagina... imagina que él muere en un intento más afortunado para los asesinos... y a mí me sucede algo. ¿Quién creará en ti, Sharon? ¿Quién aceptaría la existencia de ese increíble hombre de las gafas azules?

—Nadie —aceptó, demudada. Bajó los ojos, la cabeza, los brazos. Sus manos pendieron, patéticamente flácidas, como sin fuerza—. Creerían que es todo resultado de mi neurosis.

—Exacto, Sharon. Ésa es la cuestión —la tomé por los hombros, la miré con fijeza—. ¿Qué piensas ahora?

—Que alguien... alguien pretende que yo muera ejecutada, o sea internada por loca —susurró, con voz ahogada—. Y mi dinero tiene la culpa de todo.

—Sí —admití con voz profunda, desviando mi mirada de ella—. Eso es lo que estoy temiendo, Sharon. Y vas a necesitar algo más que la ayuda de un joven y guapo desconocido, para evitarlo.

CAPÍTULO VII

RACHEL LANE, EN TERCERA PERSONA

—Nada —el capitán Landis, furioso, revisó una vez más el gabinete de la casita de Lincoln Road 78—. No hay nadie. Se fueron precipitadamente. Sólo faltan las cosas de aseo, y quizá alguna ropa, pero no mucha. Todo está lleno de prendas de vestir, de ropa íntima de mujer, de zapatos. ¿Qué saben de Rachel Lane?

—Es la locutora de la televisión local —explicó el agente, con un gesto risueño al evocar la belleza joven y atractiva de la presentadora de tantos programas—. ¿No recuerda? La bonita pelirroja que presenta, en *shorts*, el programa de los Campings McFarlan y en bikini el *show* dominical de...

—Sí, sí, ya sé —rezongó ahora el capitán Howard Landis, ocultando toda emoción ante el recuerdo de la bronceína y escultórica figura de la sugestiva presentadora citada.

Carraspeó, severo, añadiendo:

—Me refería a lo que sepan de su actual paradero.

—Nada, capitán. Nadie sabe adónde fue, ni siquiera los vecinos.

—¿Y en la emisora de televisión?

—Telefoneó esta misma tarde, indicando que no volvería como mínimo hasta el lunes, por razones familiares. Pero qué yo sepa, su familia nada sabe de eso. Tiene parientes en Evansville y en Port Wayne. Les hemos telefonado. Dijeron ignorarlo todo. En la televisión está grabado su programa de este domingo, de modo que no pusieron objeción alguna. Esperan que vuelva el martes.

—¡El martes! Y estamos a viernes. —Landis se mostró furioso—. ¡Por todos los diablos, hay que dar con ella, o con ese hombre, Mark Farrow! No entiendo lo que sucede, pero no me gusta nada de ello.

—Teníamos otra pista, señor —dijo el agente—. No me refiero a Farrow, sino a la mujer a cuya casa telefoneó, a Rachel Lane...

—¿Sí? ¿Qué pista es ésta?

—Rachel Lane tiene un novio que trabaja en Gary, en Una industria conservera y pesquera de Michigan. Un tipo fuerte y rudo. Dicen que venía con un amigo, a pasar el fin de semana en Indianápolis, con su prometida. Se casan el mes próximo.

—Bien, ¿y qué?

—Nadie ha visto aún a ese hombre en Indianápolis. Pero si estuvo aquí y ella le dejó alguna nota, él debió ir en su busca. Tiene llave de esta casa, capitán.

—Bueno, esperemos que todo esto vaya a parar a alguna parte —refunfuñó el policía, malhumorado.

Se rascó el cabello, disponiéndose a salir de la casa. En ese momento, otro agente uniformado venía a la carrera. Se detuvo en el porche, cuya luz diera Landis al llegar. Se cuadró ante su superior, saludándole con respeto. Venía jadeante.

—Vaya, McKee —dijo el oficial de la Metropolitana—. ¿Usted ahora? ¿Qué tripa se le ha roto, muchacho? Viene echando el hígado, o poco menos. ¿Algo grave? Empiezo a estar harto de malas noticias.

—¿Malas ha dicho, señor? —El policía tragó saliva—. Pues me temo que las mías no sean demasiado buenas.

—Desembuche de una vez —le miró, con el entrecejo hundido por dos profundas arrugas—. ¿Qué pasa, ahora?

—Esa chica, la que vino a ver a su amiga Rachel Lane. Se trata de una joven procedente de Nueva York. Su nombre es Sharon Marlowe.

—¿Sharon Marlowe? Me suena de algo.

—Es una rica heredera de la familia Cummings, casada con un bribón cazadotes llamado Lyman Marlowe. Pero eso no es lo peor.

—¿Ah, no? —Había sarcasmo en la voz de Landis—. ¿Qué es ello, McKee?

—Ella estuvo confusamente mezclada en dos asesinatos.

—Dos asesinatos —resopló el capitán, sintiendo que la tierra se abría bajo sus pies—. Nada más que eso, ¿eh, McKee?

—Nada más, señor —el rostro de su subordinado estaba húmedo de sudor—. El taxista que condujo a Mark Farrow de la testación al

callejón sin salida donde fuera herido, se ha presentado espontáneamente a declarar. Dice que tuvo miedo de revelarlo todo, al ver herido en tierra a su cliente. Pensó que estaba muerto, vio a un hombre de gafas oscuras armado, y escapó.

—Ya. Espero que ahora sí será todo, ¿no, McKee?

—Pues... no, señor. Aún hay algo más. Lo peor de todo.

Se hizo un silencio impresionante. El capitán se estremeció. Si había algo peor que todo aquello, sería capaz de renunciar a su cargo de oficial de la Metropolitana.

Se sentía al borde de su humana resistencia, por mucha que ésta fuese.

—Por favor, McKee —rogó, plañidero. Se cubrió la cabeza con ambas manos—. Termine. Y termine pronto, se lo ruego.

—Hemos encontrado a un hombre que venía hacia esta casa, precisamente hoy.

—¿Un hombre? —Los ojos de Landis brillaron—. ¿El novio de Rachel Lane, que trabaja en una industria conservera de Gary?

—Bueno, éste también trabajaba en la misma industria, señor. Pero no era el novio de Rachel Lane, sino un compañero suyo, un amigo llamado Gene Stockwell.

—Gene Stockwell. ¿El compañero del prometido de la chica, la señorita Lane?

—Exacto. El prometido se llama Al Friedman. Se supone que ambos vinieron juntos a Indianápolis, en avión, para reunirse en el *week-end*, con la chica.

—Bueno, acabemos de una vez. ¿Qué ha dicho el tal Gene Stockwell de todo ello? ¿Dónde están Rachel Lane y su prometido, en estos momentos? ¿Y Sharon Marlowe?

—Gene Stockwell no pudo decirnos nada, capitán —dijo dificultosamente McKee, después de tragar saliva. Carraspeó, añadiendo—: Estaba muerto, en las afueras de la ciudad. Asesinado a navajazos.

Afuera, restalló un centelleo azulado. Reventó el fragor del trueno, haciendo vibrar los vidrios de la casa. Y comenzó a llover torrencialmente, de modo repentino.

La lluvia hacía brillar el charolado de la lona impermeabilizada que cubría el cadáver.

El capitán Landis se limitó a contemplarlo por unos breves instantes. Luego, ceñudo, bajó la lona, cubriendo el cuerpo de nuevo. Se incorporó. El aguacero era impresionante. Y también el restallar de relámpagos y truenos sobre sus cabezas.

—Era joven, fuerte, vigoroso —indicó—. Le sorprendieron. Todas las cuchilladas le fueron asestadas en la espalda, en los costados. Hubiera bastado la mitad para matarle, maldito sea el que lo hizo.

—Un asesinato indignante —comentó un policía. Él y otros compañeros montaban guardia, linterna en mano, al borde de la carretera donde hicieran el hallazgo, entre los matorrales y árboles. Dos coches-patrulla, hacían girar sus luces rojas, parpadeantes, en el techo de los vehículos. El agua empapaba las gorras y uniformes. Y las carrocerías de los automóviles.

—Tal vez el propio Al Friedman esté muerto ahora. Y Rachel Lane —refunfuñó entre dientes el oficial de policía de Indianápolis.

—¿Y... la otra, Sharon Marlowe? —sugirió su subordinado.

—No sé —el capitán se refugió del diluvio bajo un árbol frondoso—. Ella puede ser una asesina. ¿Tienen datos de esos tíos asesinatos en que se supone tuvo intervención?

—Sí, capitán. Tenemos un informe por teletipo, recibido de Nueva York: se trata de Russ Webster, muerto hace dos años, acuchillado en la garganta, con un cuchillo de cocina. Y de Scott Mazin hace menos de cuatro días, muerto a golpes de tijeras.

—Vaya. Esos dos... y ahora éste a navajazos —masculló Landis, señalando al difunto—. Siempre arma blanca, aunque diferente. Siempre cuchilladas, sangre. Si Sharon Marlowe fue culpable entonces, podría serlo también ahora. Busquen dates de ella. Personales, familiares, de todo tipo. Quiero una información completa de ella y de su vida. También de sus amigos, de sus parientes y conocidos, de todo lo que a ella se refiera. Y también de ese hombre, Mark Farrow. No sé qué papel representa en todo esto, pero le dispararon un balazo a quemarropa, Eso cambia la técnica del asesino. Tal vez haya dos diferentes, o tal vez no. Volvamos. Aquí no nos queda nada por hacer. Ese pobre diablo de Gene Stockwell, sólo espera ser trasladado a la Morgue.

—Entonces, ahora Al Friedman, si vive, estará solo, y buscando a su amigo muerto —indicó un policía.

—Pudiera ser. Pero no sabemos siquiera si vive... o si su cadáver se oculta en alguna otra parte de este Estado. Habrá que avisar a las patrullas de carretera para que comprueben eso. Y al FBI, puesto que la muerte de los otros dos hombres ocurrió fuera de Indiana, y todo puede estar conectado entre sí.

Regresó a su coche, silenciosa, hoscamente. La lluvia arreciaba, con ráfagas de fuerte viento húmedo. Arriba, la luz de las chispas eléctricas era cada vez más cegadora y continuada. Y el retumbar del trueno, ensordecía a veces. Otras, se limitaba a tamborilear, perdiéndose en sordos ecos lejanos.

El coche-patrulla regresó al centro urbano. El capitán, por primera vez en mucho tiempo, mostraba su rostro ensombrecido por una profunda preocupación.

Sabía que estaba ante un caso diferente a los habituales. Pero no entendía mucho del extraño galimatías que adivinaba en aquel juego inquietante de personajes y de acontecimientos.

Cerca ya de la Jefatura, el radioteléfono funcionó. Un agente le tendió el auricular.

—Para usted, capitán —dijo—. Es urgente.

—¿Sí? —indagó Landis, temiendo otro desastre que añadir a los muchos de aquel desdichado día—. ¿Qué sucede ahora?

—Datos sobre Sharon. Marlowe, de soltera Sharon Cummings, de los Cummings de la Quinta Avenida —le dijo el sargento Conrad, de su oficina—. ¿Me escucha, señor?

—Claro que le escucho. ¿Qué diablos de otra cosa cree que puedo estar haciendo?

—Perdone, capitán. Esa chica, Sharon Marlowe, padece una enfermedad mental, una psicosis peligrosa. Es una mezcla de manía persecutoria y de violencia contenida. Una antigua neurosis que parece ser heredada de su madre, la exseñora Hennesy, que tuvo un hijo de su primer marido, no reconocido por Cummings después. Esa neurosis la hace creerse siempre perseguida, acosada. Y hay el peligro de que asesine a la persona que ella supone le es enemiga. No hay pruebas sobre su culpabilidad, pero se teme que mató ya a dos hombres: Buss Webster y Scott Mazin.

—Sí, eso ya lo sabía, gracias —colgó, malhumorado, profundamente desorientado ante las facetas de aquel feo asunto. Repitió para sí mismo, con disgusto, con ira, casi—: ¡Neurosis! Es lo

único que me faltaba ya.

—Neurosis. ¿De modo que es eso, señora Marlowe?

Ella le miró. Luego, inclinó tristemente la cabeza. Su voz sonó apagada:

—Es lo que dicen todos. Soy una neurótica. Mi madre lo fue. Pero no invento las cosas. Me persiguen. Usted vio a ese hombre de las gafas azules.

—Si lo vi. —Farrow sacudió la cabeza, quitándose el impermeable chorreante de agua. Afuera, restalló otro trueno, y oscilaron las luces del *bungalow* arrendado en Pontiac City—. Cielos, no me hable de ello. Una décima de pulgada de desvío en la bala... y estaría muerto ahora, señora Marlowe.

—De modo que recibió el telegrama que le puse por teléfono, apenas llegamos aquí y alquilamos este *bungalow*... —terció Rachel, estudiando con interés al arrogante recién llegado.

—No me moví de la estafeta telegráfica, esperando. Apenas llegó, tomé un taxi y le di una dirección. Luego, cambié a otro coche, y a otro más. Nadie me ha seguido, pueden estar seguras.

—Lo estamos —sonrió Sharon—. Si fue capaz de acorralar a aquel odioso individuo, mucho más fácil es evadirse de un perseguidor. Es usted hombre de recursos, ¿no?

—Tengo que serlo. Mi antigua profesión de reportero me exigía hacer mis trabajos burlando la vigilancia de los competidores que querían *pisarme* las noticias —admitió Mark, risueño. Miró en torno, complacido—. Un bello *bungalow*... ¿Qué nombre dieron al arrendarlo?

—El de Peggy Smithers, mi amiga —rió de buena gana Rachel—. Eso sí: Peggy Smithers y familia. Así, venga quien venga, no sorprenderá a nadie.

—¿Venga quien venga? —indagó Farrow, intrigado.

—Esperamos a mi prometido —explicó Rachel—. Viene con un amigo suyo de Gary, donde trabajan en una factoría pesquera y conservera. Se llama Gene Stockwell. El amigo de Al, quiero decir. Él es Al Friedman. Nos casamos el mes próximo.

—Mi enhorabuena anticipada. ¿Sabrán encontrarlas?

—He avisado a Peggy, mi amiga de Indianápolis —habló Rachel—. Por teléfono. Ella enviará aquí a Al y a su amigo. Espero que ese

amigo sea un buen chico y anime la velada...

—¿No le conoce? —se sorprendió Mark Farrow.

—No —rió ella—. Al me ha hablado de él en ocasiones, pero no le conozco en absoluto. Pero cuando Al lo trae, es de toda confianza, no tema.

—No temo nada —rió Mark entre dientes—. Sólo me preocupan los demás, desde que he conocido a la señora Marlowe...

—Por Dios, Farrow, no me vuelva a llamar así. Pronto dejaré de serlo, afortunadamente. En realidad, *nunca* fui totalmente *la señora Marlowe*, ¿entiende?

—¿Se refiere a que es un matrimonio...?

—No consumado, exactamente —afirmó ella—. No hubiese podido sentir nada por él. Lyman me produce náuseas. Si acepta el divorcio, es porque se llevará una buena tajada de mi dinero. Aun así, preferiría la totalidad.

—Eso sólo podría ocurrir... si usted muere o es declarada loca —dijo Farrow, tajante.

—Sí, amigo mío —le miró Sharon, trémula—. Muerta o demente. Es su única esperanza. Y a corto plazo. Espero que pronto vuelva a ser, simplemente, Sharon. Y entonces, su ambición habrá fracasado por completo. Así es como deben llamarme todos: Sharon. Es lo único que deseo seguir siendo en el mundo. Sharon, la mujer libre, sin ataduras. Sin persecuciones, sin enemigos en la sombra... Y no es manía persecutoria, Farrow, usted lo sabe.

—A costa mía —se tocó, sonriente, la frente herida—. Sharon, yo soy quien padece ahora una auténtica psicosis. Manía persecutoria, o lo que usted quiera llamarlo. Pero así es. Sé que me vigilan, que me persiguen. Es algo casi físico. Lo noto muchas veces. Y trato de evadirme como puedo. No, Sharon. Yo sé que usted no sufre ninguna psicosis injustificada.

—Pero siempre fui una neurótica, lo admito. Como mamá...

—La neurosis no conduce al crimen, si no produce una psicosis especial, una dolencia patológica, Sharon. Y ése no es su caso. El hombre de las gafas azules, existe. La sigue. Es un asesino. Y lleva a otro asesino consigo, que utiliza arma blanca. Pero que difícilmente volverá a utilizarla, al menos siendo zurdo. Le rompí el brazo esta tarde.

Sharon caminó hasta una butaca. Se sentó, pensativa, mientras

afuera rugía el trueno y tamborileaba con violencia el aguacero. Rachel recorrió unos pasos hacia Mark Farrow. La luz de la lámpara de pie, que a veces, oscilaba, a punto de apagarse, a causa del aparato eléctrico del temporal, hizo brillar su cabello cobrizo, su tez, bronceada por el sol de su jardín. Aquel bronceado suave, que tan bien conocían los telespectadores de Indiana, al seguir sus programas por la pequeña pantalla.

—La verdad es que cuando Sharon me contó toda la historia esta noche, sentí miedo —confesó Rachel Lane.

—La comprendo —admitió Mark—. Es un relato extraño, lleno de interrogantes, de dudas, de sospechas. Cualquiera pudo matar a esos dos hombres, con la fácil idea de culpar a Sharon.

—Al menos, estoy segura de alguien —musitó ella—. Buzz no pudo ser...

—¿Buzz Goldman? —Farrow mostró su escepticismo—. Usted ha dicho que es su abogado, su albacea testamentario, su administrador. En suma, maneja su fortuna a su antojo.

—Pero me da cuentas concretas de todo gasto o ingreso. Es un hombre honrado.

—Admitamos eso. ¿Olvidas que su padre murió por culpa de Russ Webster? —insinuó Rachel Lane.

—No, no lo olvido. Pero no puedo aceptarlo. Buzz es diferente a todos. No pudo matar a nadie. Él haría lo que fuese por defenderme.

—¿Está enamorado de usted, quizá? —sugirió, de repente, Mark.

Ella enrojeció vivamente. Miró con asombro a su amigo del ferrocarril.

—¡Qué locura! —rechazó—. ¿Buzz... enamorado de mí?

—¿Por qué no? Cualquiera podría enamorarse de usted, Sharon.

—Gracias, Farrow. Eso suena muy bello... pero yo tengo veintitrés años. Y él... él tiene casi cuarenta... aunque parezca más joven.

—No es una diferencia abismal ni monstruosa. Ni mucho menos —dijo Rachel, pensativa.

—Es un disparate. Buzz nunca me dijo nada, no insinuó cosa alguna, no demostró...

—Esos amores, a veces, son los peores. Pasiones ocultas. Cuando estallan, son como el temporal de esta noche. —Farrow hizo un

gesto al centellear una violenta luz, y tronar el estallido allá afuera, ensordecedoramente—. ¿Lo ve, Sharon?

Después, sucedieron dos cosas casi simultáneas.

La luz de la casa se apagó totalmente. También afuera, en la zona destinada a los *bungalows* de alquiler. Todo se quedó en tinieblas. Sharon gritó instintivamente.

Saltó del asiento, corriendo hacia alguna parte. Tropezó con Mark Farrow e, instintivamente, se aferró a él, con un gemido. Mark notó sus vivos temblores. No tuvo más que rodearla con sus brazos, protectoramente.

Ése fue el primer hecho.

El segundo, fue un golpeo brusco y alarmante en la puerta de entrada al *bungalow*. Todos se pusieron rígidos con sobresalto, mientras continuaba la oscuridad más absoluta.

—¡Eh, abrid, Rachel! —tronó una voz varonil y recia, allá fuera—. ¡Somos nosotros! ¡Al Friedman y su buen amigo Gene Stockwell...!

—¡Al! —exclamó Rachel Lane con alivio—. ¡Voy, querido!

Y corrió a abrir la puerta a su novio y al amigo de éste, Gene Stockwell...

El sello timbró la etiqueta, en el Depósito de Cadáveres de Indianápolis.

El cadáver pasó a su recipiente frigorífico, como uno más.

—Gene Stockwell —recitó un funcionario—. De Gary, Indiana. Asesinado por heridas de arma blanca...

Y cerró el cajón fúnebre, con el aire rutinario de siempre.

La puerta se abrió, justamente cuando volvía la luz, tras el breve e inquietante apagón.

Rachel se abrazó al gigantón rubio que aparecía en la puerta, seguido de otro hombre menos alto, más enjuto, moreno y tranquilo.

—¡Al, querido! —exclamó ella, jovialmente. Le besó con calor—. Estábamos temiendo lo peor...

—¿Lo peor? ¿Qué diablos sucede aquí hoy, Rachel, para tanto misterio y tanto escondrijo repentino? —Se irritó su novio, alzándola fácilmente en sus poderosos brazos, como una pluma—. Os largáis de la ciudad, te vienes a este apartado y solitario lugar...

—Te lo explicaré más tarde, Al —aseguró Rachel. Se volvió, señalándole a sus acompañantes—. Al, éstos son Sharon Marlowe, mi mejor amiga de siempre, y un amigo suyo, Mark Farrow. Amigos, éste es Al, el hombre que me convertirá el próximo mes en la señora Friedman... Y supongo que tu acompañante es...

—Naturalmente, es mi mejor compañero de trabajo. Un buen amigo, Rachel —sonrió ampliamente Al Friedman, señalando al hombre moreno y calmoso que le acompañaba—. Gene Stockwell... Mi invitado para este *week-end*.

—Es un placer conocerles a todos, amigos —sonrió afable el hombre cetrino y enjuto que dijera llamarse Gene Stockwell. Palmeó la fuerte espalda de Al—. Les aseguro que no deseaba importunarles, pero fue Al quien insistió tanto... que no tuve otro remedio que aceptar. Y aquí me tienen.

—Espero que sea bienvenido, Stockwell —habló Sharon Marlowe, risueña—. Y desde hoy, es nuestro amigo, como lo es de Al.

—Como lo soy de Al... —Una sonrisa amplia y afable estiró su boca—. Gracias, muchas gracias por considerarme así... Les aseguro que yo también me siento feliz de estar al fin entre ustedes. Muy feliz...

CAPÍTULO VIII

MARK FARROW, EN PRIMERA PERSONA

No sé...

Creo que estoy volviéndome demasiado suspicaz. Demasiado sensible. Cielos, ¿será esto el principio de una neurosis? ¿Acaso una manía persecutoria?

Lo cierto es que Sharon no padece de tal manía. La persiguen, realmente. Peligra su vida, estoy seguro. Ese hombre de gafas azules, el esbirro de la navaja... Todo ello forma parte de un plan diabólico para deshacerse de una muchacha rica. Tiene dinero. Mucho dinero, en realidad. Heredó setecientos mil dólares, pero por lo que se ha hablado esta noche, en la cena, mientras las luces oscilaban o sufrían apagones repentinos de corta duración, ha sabido invertir su dinero, y ahora sobrepasa el millón limpio de dólares.

Un millón...

Es mucho dinero. Demasiado dinero, incluso. Mucha gente haría atrocidades por diez o cien veces menos. Con más motivo por un millón...

Gentes como Russ Webster o Scott Mazin, pensaron en ganar fácilmente unos miles con el chantaje, la coacción. El propio Lyman Marlowe, el indeseable esposo de Sharon, a quien jamás perteneció ella como su mujer auténtica... Otro chantajista aún más vil... Y la pobre Sharon cada vez peor de su pretendida neurosis, que ha llegado a ser auténtica, a fuerza de golpes morales, de persecuciones, de terrores, de angustias...

¿Y su hermanastro, Harry Hennesy? ¿No ganaría fácilmente un millón, dando tiempo al tiempo, dejando que Sharon se divorciase... y logrando entonces su internamiento o su muerte a

manos del verdugo, acusada de doble asesinato?

Su hermanastro estuvo cerca de la casa de Mazin, aquella noche...

Y Lyman fue pasante del abogado Buzz Goldman... Lyman conocía la numeración de unos billetes, que Sharon Marlowe perdió en la calle, y misteriosamente aparecieron junto al asesinado Webster.

Todo eso puede encajar. Uno de ellos tal vez...

Porque también está Buzz Goldman, por supuesto. Tiene tantos posibles motivos para matar... o para desear el fin de su cliente y administrada. Acaso manipulaciones en su fortuna... O acaso otras razones: el amor hacia ella, siempre defraudado. Despecho... Del amor al odio hay a veces tan poca distancia...

Por otro lado, el padre de Goldman se suicidó por culpa de Webster... Otro buen motivo: la venganza.

Cielos, sí. Terminaré loco, si no interrumpo mis delirantes ideas.

Quizá por eso, sin encender siquiera la luz de mi alcoba, he puesto la radio que cada habitación de este *bungalow* tiene empotrada en la pared. Escucho músicaailable, suave, amortiguada... Y fumo un cigarrillo en silencio. Y reflexiono. Pero no me gusta reflexionar sobre eso.

Yo, Mark Farrow, siempre he sido un hombre muy equilibrado, frío y sereno. No quiero que los nervios, la sospecha, la incertidumbre, me acosen. No, no quiero, pero...

Pero siento que algo anda mal, aquí.

No sé lo que ello sea. Es puro instinto. Una corazonada, un presentimiento. No sé. Lo cierto es que esto no me gusta. Este *bungalow*, esta soledad... No es que estemos solos, por supuesto. Estamos aquí Sharon, Rachel. Al Friedman, su amigo Stockwell, yo... Cinco personas en una casita de tres dormitorios. Uno para ellas dos, otro para Al y Stockwell, otro para mí, como una preferencia especial...

Y aun así, ¿qué sucede aquí, que no me encuentro tranquilo, que me he despertado con este desasosiego, que casi intuyo que hay un peligro cierto aquí dentro, en el edificio, en este apartado y solitario paraje?

¿Por qué?

Si esto no es neurosis, manía persecutoria o lo que quieran que

ello sea... pues no sé adónde iré a parar. Debo mantenerme dueño de mí, de mis nervios. Esa chica, Sharon, me necesita. Me necesita mucho. Creo que más aún de lo que ella cree.

Diablos, ¿por qué sigo pensando que algo aquí dentro no marcha bien, que hay alguna cosa torcida, y no sé cuál es...?

La radio sigue con su agradable, melodiosa música bailable, como un sedante...

Oh, no. También eso se termina. Han parado la melodía. La voz de un locutor la suple ahora. Esperaré. Da noticias cotidianas. Un boletín informativo. No puede durar mucho. Es cosa local. Una emisora de Indianápolis.

El locutor va a terminar. Ha informado de los deportes. No, no termina aún. Inicia otra noticia. Es un fastidio.

—Señoras y señores —dice, monocorde, como todos ellos—. Noticias de última hora confirman la identidad del cadáver hallado esta noche en la carretera de Monticello, en la milla dos, aproximadamente. El hombre, acuchillado repentinamente por una navaja automática abandonada por el asesino en el lugar del crimen, procedía de Gary, al norte de este Estado, y su nombre era Gene Stockwell, conforme indica su billete de avión de Gary-Indianápolis y regreso, y en su tarjeta de la Seguridad Social, provista de fotografía que coincide con el rostro del difunto. La policía sigue sus activas pesquisas, para descubrir al culpable, así como para localizar a Sharon Marlowe y a Mark Farrow, como importantes testigos en un caso que parece relacionarse con dos asesinatos en otro Estado. El FBI ha sido informado y...

Se ha interrumpido la información. Giró el dial. La radio empotrada no transmite ya nada. Ni música ni palabras. Giro el botón de la luz de mi mesilla. Nada. Oscuridad. Otro apagón.

Noto mi sangre helada en las venas. No es posible lo que he oído.

Gene Stockwell, de Gary, Indiana. Eso ha dicho la noticia. Nadie en el *bungalow* lo habrá oído... excepto yo. Y quizá ese hombre que dice llamarse Gene Stockwell... Pero si él no es... ¿por qué Al Friedman, que sí es, ha dicho que es su amigo? No me parecía fingir, ni mostraba temor alguno.

Cielos. Si llevaba su tarjeta de Seguridad Social, la identificación no ofrece dudas. Pero entonces, ¿quién es el hombre que duerme

aquí con ese mismo nombre, en este momento?

Sabía que algo andaba mal, pero eso...

¿Por qué Al ha mentido tan fríamente? ¿Es otro de los relacionados en este caso enloquecedor? Yo nunca vi antes a Friedman. Ni tampoco Sharon. Pero Rachel no podría equivocarse con un suplantador, es imposible.

Salto de la cama. Estoy vistiéndome con rapidez. El sueño ha huido de mí. Estoy alarmado, inquieto. Asustado, es la palabra exacta. Muy asustado, la verdad.

La casa a oscuras otra vez. La tormenta, afuera. Nadie o casi nadie en torno. Nosotros aquí. Y ellas no saben que hay un falsario. Un hombre que, inexplicablemente, se hace pasar por otro, tras haber asesinado al auténtico. ¡Y Al dice que Stockwell es su mejor amigo y camarada en el trabajo! ¿Cómo es posible eso?

Si esto sigue así, palabra que voy a volverme loco. Esto es más ya que una simple neurosis. Si Sharon ha llegado a oír eso, creará volverse loca. Y le sobrarán motivos para ello.

Tengo que aclararlo. Tengo que saber lo que está sucediendo aquí. Antes de que ocurra algo peor.

El pasillo... Es largo, recto. Al final, hace una esquina, como una letra L. Allí, al fondo, duermen ellas dos. Las mujeres están alejadas. Cerca de mi cuarto... está el de Al Friedman y... y ese hombre que Al afirmó se trata de su amigo Gene Stockwell... Sólo me separa de ellos, el baño.

No llevo armas. Es lástima que no se me ocurriera adquirir una en Indianápolis, antes de venir aquí. ¡Un momento! Tengo un pequeño cortaplumas en mi llavero. Y mi propia experiencia en judo y karate. Espero que baste, pero a alguna distancia, y ante un arma de fuego, poco podría hacer con todo eso.

Ya está. Es su habitación. Está cerrada. No hay luz. Claro. Todo aparece a oscuras. No, no. Sí que hay luz. Débil, amarillenta. Una leve rendija, bajo la puerta. Apenas si se ve...

Oigo voces. Un murmullo apagado. Si trato de abrir, me escucharán. No, ésa no es la forma adecuada. Tal vez por el exterior. Parece que llueve menos. Pero llueve. Y su ruido en el porche me ayudará...

Hecho. Ya estoy en el porche. Paso a paso, avanzo hacia las ventanas cerradas, con persiana plegable y cortina. Un rápido

cálculo mental. Mi cuarto, el baño... y el de ellos.

Pese a la humedad de la lluvia, hay cierto bochorno. Tal vez ellos...

En efecto. La ventana no está encajada. Ceden los postigos. No, no demasiado. Hay una cadenita de seguridad para el verano. Pero eso basta. Mis dedos llegan a la persiana graduable. Si la cortina no está totalmente encajada, corrida del todo...

He separado las varillas de plástico. Se vislumbra la habitación. Luz de una lámpara eléctrica. Luz amarilla, intensa. Un vidrio de ese color en la lámpara. Y las voces...

Es el tipo moreno quien habla: el falso Stockwell. Su voz suena extraña. Monocorde, irritante. Autoritaria y fría a la vez:

—... de modo que ya lo sabes. Es la hora, Al. Tu hora... Hazlo tú. De ti no van a sospechar. Tienes que hacerlo.

—Claro —susurró—. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo... Lo haré, Gene. Lo haré.

—Tú sabes que yo no soy tu amigo Gene. Él murió. Pero estás haciendo lo que yo deseo. Porque son mis órdenes. Porque así está dispuesto. Y tú obedeces. Tú actuarás ahora.

—Yo obedezco. Son tus órdenes. Yo actuaré —repitió, como un imbécil o un autómatas, el novio de Rachel Lane.

—Bien. Así me gusta, Al —rió la voz del presunto Stockwell. Le vi aparecer en escena. La rendija de la persiana me mostró su figura erguida, sus ojos muy abiertos, fijos y taladrantes, y el objeto metálico, centelleante, que oscilaba, pausado como un péndulo, en su mano derecha. La luz amarilla de la lámpara situada sobre una mesa se reflejaba, cegadora, en aquel objeto pendular, yendo a herir, en forma de dos rayos paralelos, continuados, las pupilas abiertas rígidas, inexpresivas, del desdichado Al Friedman.

Entendí entonces: hipnosis.

Ahora todo estaba claro para mí: la suplantación, el papel de Al en todo ello...

«Hipnosis... —me dije, sobresaltado—. Ese tipo posee influjo magnético. Hipnotizó a Friedman cuando asesinó a su amigo. Le convenció para traerle aquí. Conscientemente, Friedman está seguro de que Gene Stockwell va con él, porque así se le ordenó. Ha olvidado al verdadero Gene... Y ahora... ¡ahora ese hombre piensa hacer algo, pero por mediación de Friedman, convertido en su

esclavo físico y mental! Ese desdichado sería capaz de asesinar en estos momentos si él se lo ordena. Y... y quizá es eso lo que le ha ordenado».

Como una tétrica, siniestra confirmación de mis repentinos temores, la voz susurrante y autoritaria del hipnotizador, llegó a mí claramente:

—Ahora, ya sabes, Al... ¡Mata! Ve a esa habitación... y mata a las dos mujeres, a Sharon y a Rachel. Luego nos ocuparemos de ese otro, de Farrow. Yo me encargaré personalmente de él, Al. Ve y llama a Rachel con el pretexto que te dije. Luego... cuando ellas te abran la puerta... ¡mata!

—Mataré —dijo lenta, mecánicamente, el desdichado ser que se convertía ahora en una terrorífica amenaza para las dos mujeres—. Mataré a Sharon... y a Rachel. Mataré, sí...

Y estaba andando ya hacia la puerta, para iniciar su sangrienta tarea. En su mano, descubrí un afiladísimo machete, de los que los conserveros utilizan en sus factorías para seccionar las cabezas y colas de ciertos pescados, antes de envasarlos.

Una tremenda hoja de acero, capaz de decapitar de un solo golpe, a Sharon Marlowe y a Rachel Lane...

Nunca sentí más el apremio del tiempo. Nunca los segundos fueron para mí tan terriblemente cortos. Ni tan larga una breve distancia, como al rodear la casa a la carrera, descalzo para no delatar mis pasos, y regresar al interior, sin que la luz hubiese vuelto aún a la casa, lo cual no haría más que beneficiar los siniestros designios de aquel asesino despiadado, dotado de un poder psíquico temible.

Cuando me enfrenté al oscuro corredor, la puerta de la habitación de ambos hombres estaba solamente entornada. La luz amarilla de la lámpara salía en forma de un débil reflejo. Y a su claridad, la figura poderosa y rubia de Al Friedman era visible, moviéndose pausada y pesadamente, hacia el fondo de la L perfecta que formaba el corredor. Hacia la habitación de ellas dos.

Ya estaba cerca. Muy cerca. Por un momento, la hoja terrible de afilado acero brilló con un fulgor impresionante, dorada a la luz de la lámpara.

En la puerta de la habitación, esperando paciente, con una siniestra sonrisa en su faz morena, estaba el falso Gene Stockwell.

Y empuñaba una pistola automática, provista de silenciador, muy semejante a la que yo viera en manos del hombre de las gafas azules, allá en el callejón sin salida de Indianápolis...

Tragó saliva, antes de aventurarme en el pasillo, dispuesto a todo, con mis solas manos y mi técnica de lucha oriental como única arma contra tan superior enemigo.

Ya Friedman doblaba la esquina del corredor. Y golpeaba en la puerta del dormitorio, llamando con voz firme, segura, llena de confianza.

—¡Rachel, querida! ¡Señora Marlowe! ¡Salid de ahí, pronto! Ocurre algo grave... Hemos de reunirnos todos inmediatamente. ¡Vamos, salid sin miedo! He logrado encontrar un arma y no hay nada que temer...

Hubo un sonido ahogado de voces allá, en la habitación de ellas. Luego, una exclamación de Rachel, que percibí débilmente:

—Cielos, Al... Sí, sí, ya voy...

Iba a abrir. En cuanto lo hiciese, sería la primera en caer asesinada bajo aquel terrorífico filo. Luego, le tocaría el turno a la señora Marlowe.

El falso Stockwell, esperaba, arma en mano, sonriente, seguro de sí y de su triunfo inminente.

Yo intervine entonces. No podía esperar más.

Era un suicidio, pero tenía que hacerlo. Y lo hice.

CAPÍTULO IX

TRAGEDIA EN TERCERA PERSONA

—¡No, Rachel! —aullé—. ¡No abra! ¡Sharon, Rachel, atrás! ¡No abran, no se fíen de Al! ¡No se fíen de nadie, es una trampa!

Y eché a correr precipitada, vertiginosamente, hacia Al y su hipnotizador.

Un chasquido áspero heló la sangre en mis venas. Mis gritos llegaban tarde. ¡Rachel había abierto la puerta del dormitorio!

El suplantador de Gene Stockwell giró su pistola hacia mí, con una mueca maligna, apenas me escuchó y me vio llegar a la carrera, lanzado como una centella.

Al Friedman, impasible, como si nada de cuánto sucedía en torno suyo le preocupase, se limitó a esperar, alzando el formidable machete para segar los hermosos cuellos de dos bellas, jóvenes y atractivas mujeres, una de las cuales era su propia novia.

Aquello no podía terminar sino en sangrienta tragedia.

Y así fue.

Mi carrera continuaba. Tenía que evitarlo.

Tenía que impedir la matanza. Gene Stockwell, el falso Gene Stockwell, era el obstáculo primero. Al Friedman, el segundo.

Todos simultáneamente, debían ser salvados. Y no había tiempo ni ocasión siquiera.

Frente a mí, como un tremendo muro donde estrellarse mortalmente se alzaban una pistola con silenciador y un machete mortífero. Un criminal perverso y despiadado y otro inconsciente, fríamente mecánico, ajeno a lo que estaba haciendo.

La puerta de la alcoba de las mujeres, abierta ya. Ellas, ante el peligro terrible...

Por eso elegí a Al Friedman como primer enemigo a abatir. Y me

precipité sobre él, sin prestar atención al que me encañonaba y movía su dedo en el gatillo.

Ya era tiempo, Rachel horrorizada, era una simple estatua viviente, paralizada ante el ataque del hombre con quien iba a casarse. Grité algo, pero era inútil. Sus ojos desorbitados se clavaban en Al, incrédulos. El machete se alzaba en el aire, con un centelleo desnudo. La carne bronceada del cuerpo hermoso y juvenil de Rachel Lane, famoso para los telespectadores de Indiana, se exhibía en sus prendas íntimas, indefenso contra aquel feroz ataque que iba a hender su cuello en un estallido de roja violencia.

Caí sobre Friedman, que iba a ejecutar fatalmente la doble sentencia. Sharon, detrás de su amiga, era otra turbadora presencia femenina, descuidada en el atavío, semivestida, indefensa contra el peligro insospechado que llegaba de donde menos podían imaginar ambas chicas.

Al Friedman bajaba ya el machete, con la fría y demoledora fuerza que da la inconsciencia, el mecanismo trágico de una voluntad humana al servicio de otra...

Le aferré por el brazo armado y el cuello. Ensayé con él una llave vertiginosa, demoledora. Lo peor era luchar con alguien rígido, deshumanizado, como era un hombre en trance hipnótico. Pero resultó.

Al Friedman saltó por los aires, como un monigote. La hoja de acero silbó, peligrosamente cerca de Rachel, pero no la tocó, por fortuna, y fue a escapar de sus dedos, volteando en el aire, lejos de donde volteaba el corpachón de Friedman. Luego, mientras caía, escuché la voz autoritaria y helada del asesino, allá a mis espaldas:

—¡Mata, Friedman, mata! ¡MATA! ¡Destruye a todos! ¡También a Mark Farrow, pronto!

Friedman cayó contra el muro, y me miró estúpidamente. Se irguió como disparado por resortes, infinitamente más potentes que su voluntad. Y vino hacia mí de nuevo. Tuve que usar un doloroso impacto de karate, con ambas piernas. Luego asesté un seco golpe con mi mano abierta, pegando de canto contra su hígado.

Lo hice caer de rodillas, jadeante, lívido, sudoroso. Rachel gemía, abrazada a Sharon. El terror se apoderaba de ambas mujeres, y era comprensible. Yo, tenso, con la furia de mi posición inferior desatándose en cada llave o cada impacto de lucha oriental,

vi que el falso Stockwell, para no perder más tiempo, alzaba su arma. Y disparaba dos veces contra mí.

Cometió un error al precipitarse, porque Al Friedman, al estar bajo su influjo, tenía fuerzas y voluntad, aunque ajena, para combatir su aturdimiento y dolor. Lo que, de estar normalmente en sus cabales, no le hubiese permitido moverse, ahora le afectó mucho menos. Había saltado de nuevo hacia mí...

Los disparos de su hipnotizador, resultaron totalmente negativos. El primero levantó estuco y astillas, en la pared del corredor, no lejos de mi cabeza. Sentí el zumbido cálido de la bala, y el taponazo seco de la ahogada detonación silenciosa. La segunda bala, alcanzó de lleno la rubia cabeza de Al Friedman.

No fue agradable la escena. Rachel, tras de mí, chilló desesperada. Oí el golpe seco de un cuerpo, cayendo al suelo. Pero no podía volverme. No había tiempo para tanto. Friedman, con el cráneo perforado, caía, sangrando abundantemente entre sus dorados cabellos, el rostro reflejando una estúpida expresión de inconsciencia que quizá suavizó, cuando menos, su rápida muerte.

Su asesino, tras ver el destino de la bala dirigida a mí, intentaría disparar una tercera vez con mejor fortuna. No le dejaría hacerlo.

Esta vez salté con todos mis músculos, nervios y tendones en repentina contracción, para dispararlos luego como ballestas y muelles poderosos. Mi cuerpo hendió el aire y caí sobre él cuando alzaba su pistola para disparar contra mí a quemarropa.

Había un modo de abatirle, pero era con un golpe de karate que normalmente se marca tan solo, ya que es mortal de necesidad. Yo no podía limitarme a señalar deportivamente los golpes. Aquélla era una pugna a muerte, con un hombre armado de pistola.

Tuve que matarle.

Su nuez crujió horriblemente cuando le alcancé en ella con el filo de mi mano, como la más contundente y devastadora de las armas conocidas. Cayó de espaldas, con los ojos desorbitados, boquiabierto. Aun así, disparó su arma en un espasmo final, pero ya sin tino. La bala se perdió en el techo, definitivamente.

Jadeante, me quedé encogido, contemplando el cuerpo tendido a mis pies. Volvió la luz al *bungalow* repentinamente, deslumbrándome. El espectáculo en el corredor no era precisamente agradable. Me volví, buscando a Rachel, a Sharon.

La desventurada testigo de la muerte de su prometido, a manos de otro hombre, estaba allí. Rachel Lane yacía de bruces en la puerta de su habitación, sólo cubierto su cuerpo por el breve *slip* rosa.

¡Sharon había desaparecido!

—¡Sharon! —llamé vivamente—. ¡Sharon! ¿Dónde se ha metido?

Corrí a su habitación. Asomé a ella. No estaba allí. La ventana había sido abierta, el aire frío de la noche lluviosa jugueteaba con las cortinas livianas, agitándolas. Ramalazos de agua penetraban en la estancia, por la abertura.

—¡Sharon! —repetí, con un grito, asomando a la oscuridad de la noche, en torno nuestro—. ¡Sharon no sea loca! ¡Vuelva! ¡Ya no corre peligro! ¡No tiene nada que temer!

No me contestó nadie. Los árboles, los setos, la vegetación, y los vecinos y deshabitados *bungalows* en aquel paraje solitario y silencioso, eran mil y un escondrijos donde podía ocultarse una persona asustada, una persona en fuga, una mujer neurótica, cuya aventura no podía hacer sino agudizar esa tremenda neurosis, esa obsesión de verse perseguida, acorralada, en peligro constante de muerte.

Aun así, saltó afuera, recorrí la zona en todas direcciones. Hallé huellas de unos zapatos de mujer en el barro, pero la propia lluvia barría esas huellas más adelante, y después el sendero entre las edificaciones era de asfalto, los laterales de gravilla. Sin huellas.

Regresé a la casa, tenso y preocupado. Me ocuparía de atender a Rachel. Y de telefonar a la policía, con todas sus consecuencias. Había ahora dos muertes. Era el momento de sincerarse, aunque la Ley me tuviera que castigar de algún modo, por encubrirle evidencias y unos indicios importantes. Ahora, todo eso podía causar muy graves daños a muchas personas. Especialmente, a una: a Sharon Marlowe...

—Sharon Marlowe... Sí, señor Farrow. Ella puede correr un gravísimo peligro en estos momentos. Un hombre, Al Friedman, ha muerto violentamente, asesinado por otro. Usted se ha visto empujado a matar con un golpe prohibido de karate, a un asesino hipnotizador... ¡Y todo eso por culpa suya! ¡Por querer jugar a policía, evadiéndose de un hospital, eludiendo hablar con nosotros,

y dedicándose a encubrir a personas que estaban obligadas a prestar declaración ante nosotros! ¿Se ha dado cuenta de lo que ha hecho con su estupidez, señor Farrow?

—Sí —suspiró Farrow cansadamente—. Me doy cuenta, capitán...

—¿Se ha dado cuenta, maldito sea usted y toda su fantasía de aventurero metido a caballero andante, de que ahora ignoramos dónde pueda ocultarse ella? ¿Usted no sabe cómo establecer contacto con ella... sólo disponemos de dos cadáveres más, que por desgracia nada pueden decirnos de lo ocurrido?

—Yo puedo decirle algo, capitán —murmuró Farrow, tímidamente.

—¡Oh, claro! ¡Usted! ¡Usted, que cree saberlo todo! Veamos, ¿qué tiene que decirme?

—Ese hombre, el tipo a quien maté con mi golpe de karate... ¿ha sido identificado?

—Aún no, por todos los diablos. Sus huellas y fotografía y toda clase de datos han sido remitidos por telefoto al FBI. Esperamos informes urgentes de la Oficina Federal. Entre tanto, señor Farrow, nada sabemos de todo este lío. Sus documentos eran falsos, evidentemente.

—Pero ha dicho que llevaba consigo cosas para maquillarse, una peluca de cabellos más largos y abundantes, una media máscara de plástico moldeable, color carne, menos moreno de color que él... y unas gafas de vidrios oscuros, azules.

—Exacto —le miró el policía, irritado—. Pero no irá a decirme que era el famoso perseguidor de Sharon Marlowe a que usted aludió antes, el que le disparó en el callejón. Usted le hubiera reconocido, en tal caso. O ella.

—No pudimos reconocerles, porque no llevaba esa pasta plastificada al rostro, ni su peluca, ni las gafas... —murmuró Farrow, ceñudo—. Pero tenía que ser él. El mismo hombre, capitán. El que iba tras de ella, implacablemente. Sabía muchas cosas sobre Sharon, sobre sus amistades, sobre Al Friedman. Era alguien que la conocía bien, aunque ella no le conociese a él.

—¿Puede explicarme eso? —dudó el capitán Landis, malhumorado.

—Sí. Era una persona enviada y pagada por *alguien*. De eso no

hay duda, capitán.

—No me venga con monsergas. Está tratando de ayudar y encubrir a esa chica. Para usted, Sharon Marlowe es inocente como una paloma. Pero no se ha parado a pensar que podría ser autora de dos asesinatos.

—Capitán, si ella fuese culpable, no sería acosada, perseguida, no correría peligro de muerte constante... —argumentó con aplastante lógica, Farrow—. No, esté seguro de que hay alguna persona en Nueva York que pretende terminar con ella a cualquier precio...

—¿En Nueva York? —dudó, volviéndose luego hacia el hombre de su Departamento, que asomaba a la puerta de la oficina—. Sí, McKee. Pase. ¿Alguna nueva desgracia por comunicarme?

—No, capitán. Hemos recibido esto de la Oficina Federal —le tendió un papel perforado, alargado—. Es urgente. La identificación del falso Gene Stockwell que mató a Al Friedman, señor.

—Démelos —el oficial de policía casi se lo arrancó de las manos. Pasó su mirada nerviosa sobre el texto. Impulsivamente, arrugó el ceño, contempló al tranquilo Mark Farrow, sentado frente a él, y terminó entregándole el mensaje del teletipo, con gesto adusto—. Vea eso. ¿Qué le parece?

Farrow pasó sus ojos sobre el texto:

«Huellas, fotografías y datos antropométricos localizados fichero. Corresponden detective privado de Nueva York, Perry Anthony, mezclado en dos ocasiones turbios asuntos estupefacientes. Moralidad dudosa. Fue hipnotizador de circo».

—Un detective de Nueva York... —Brillaron los ojos de Mark—. ¿Lo ve, capitán? Todo va coincidiendo. Creo que mejor que buscar a Sharon Marlowe ahora, conviene buscar al hombre que pagó a Perry Anthony, un investigador privado de mala reputación, para perseguir a la muchacha... y para intentar eliminarla, de paso.

—¿Tiene usted alguna idea de quién pudo contratar los servicios de ese rufián en tal sentido? —dudó el capitán Landis.

—Creo que sí. Hay tres personas que pudieron hacerlo, capitán. Tres personas con motivos sobrados para desearle lo peor a Sharon Marlowe...

CAPÍTULO X

TRES, EN TERCERA PERSONA

—¿Anthony? ¿Perry Anthony? Le conocía, sí. No era nada recomendable.

—¿Cuánto le pagó por perseguir a Sharon Marlowe?

—¿A ese cerdo? ¡Vamos, vamos, señor Farrow, usted delira! —rió agriamente Harry Hennesy, hermanastro de Sharon—. Yo no le pagaría un centavo a nadie por una cosa así. ¿Qué diablos me importaría a mí Sharon, en estos momentos? Pensé en buscarla, en perseguirla, lo confieso. Pero luego me dije que era inútil. Si algo le sucedía, yo sería heredero de su fortuna. Pero sólo si estaba separada de ese asqueroso tipo llamado Lyman Marlowe. Cosa que, por desgracia, no ocurre. ¿Qué ganaría yo, entonces, deshaciéndome de ella?

—De modo que no pensaba impugnar la herencia de Sharon, si ello ocurría así...

—¡Claro que la impugnaría! —soltó hacia el techo el humo de su cigarrillo, y continuó tendido en el lecho, en pijama, sudoroso; dentro de aquella vivienda poco higiénica y nada suntuosa donde residía, en el Bowery neoyorquino—. Pero con pocas esperanzas, amigo. Ese tipo, Marlowe, es demasiado listo para dejarse perder tal tajada. Y si alguien pudo contratar a Anthony... ese alguien es el propio Marlowe, no le quepa duda.

—¿Cómo está tan seguro?

—¡Oh! Es cosa sencilla. Eran amigos los dos. Ya lo contrató en otras cosas más sucias.

—¿Más sucias que querer matar a su esposa?

—No, no tanto —convino Harry—. Pero Anthony era vecino de Marlowe, ¿lo sabía? Y han sido buenos camaradas a veces... creo

que incluso actuaron como aficionados en circo y teatrillos suburbanos. ¿Por qué no le pregunta a él y deja de molestarme?

—Sí, eso es lo que haré —asintió Mark Farrow, ceñudo—. Gracias, Hennessy...

—¡Oh! ¡No me las dé! —rió sardónicamente el hermanastro de Sharon—. Sólo que si llega a casarse con ella cuando se divorcie... acuérdesse de mí y tíreme algunas migajas.

Le acompañó su agria risa hasta el exterior. Cuando pisó la calle, tuvo que respirar hondo. Era desagradable sentir encima de uno una atmósfera como la del domicilio de Harry Hennessy, el hermanastro capaz de matar a cualquiera por dinero. Pero que quizá no lo había hecho esta vez. Sencillamente porque de morir Sharon ahora, él no vería un solo dólar de la herencia.

Evidentemente, Lyman Marlowe era su hombre. Ahora, más que nunca...

—¿Marlowe, ha dicho? ¿Lyman Marlowe?

—Sí, señor Goldman. Usted sabe muy bien a quién me refiero. Fue pasante suyo.

—He procurado olvidar eso cuanto pude —suspiró con acritud el alto y atlético abogado. Como Sharon dijera, parecía mucho más joven de los cuarenta años—. Claro que sé a quién se refiere. ¿Por qué le busca?

—Usted lo sabe. Sharon peligra. Anda huyendo, escondiéndose. Ha habido más violencia, más muertes.

—Dios mío... —Cerró los ojos, angustiado. Estremeciéndose de modo ostensible—. ¿Y también... también van a culparla esta vez a ella, de todo eso?

—No, esta vez no. Era ella la que corría peligro, señor Goldman. Ella era la víctima, no la sospechosa. Ahora la policía sabe que la buscan para matarla.

—Lo temía... —Se pasó una mano por el rostro, levemente pálido, desencajado—. ¿Sospechan que sea... su propio marido?

—Sabemos quién intentó matarla en una ocasión. También lo probó conmigo. Un indeseable, un detective privado de mala fama. Un tal...

—Perry Anthony —completó, con amargura, la voz grave del abogado Buzz Goldman.

—Exacto —los ojos de Mark Farrow se clavaron en él,

inquisitivos—. ¿Por qué lo sabe? ¿Conoce a Anthony?

—Le conocí muy bien. Primero era un buen investigador. Le daba asuntos para ganarse la vida. Luego, se metió en asuntos de dinero fácil. Y peligroso. Empezó a consumir estupefacientes, además. Se convirtió en una ruina, se metió en líos, estuvo suspendido dos veces, casi le quitan la licencia. Era buen amigo de Lyman Marlowe.

—Sí, eso me ha dicho Hennesy —asintió Farrow.

—Usted investiga esto a fondo —replicó Goldman, curioso, contemplándole—. ¿Por qué, señor Farrow?

—Digamos que lo hago extraoficialmente, pero en nombre de la policía de Indiana —sonrió Mark—. El capitán Landis, de Indianápolis, no tiene autoridad en Nueva York, para indagar nada. Delegó en mí. Dice que es una tarea que me va, y que puede hacerme ganar su agradecimiento. Falta me hará, Goldman, porque ese policía puede meterme en tal enredo que vaya a parar a la cárcel, por ocultar pruebas y encubrir a otras personas.

—Entiendo. Ahora es usted el detective privado, o cosa parecida —sonrió débilmente, el abogado.

—O cosa parecida —convino risueño Farrow—. ¿Qué más puede decirme de Anthony y de Marlowe, el esposo de Sharon?

—No mucho más. Ignoro si fue él quien le contrató, pero no me sorprendería.

—El tal Anthony llevaba esbirros con él. Un navajero a quien rompí el brazo, entre algunos otros...

—Sí, la gente como él tiene siempre buenas amistades de ese tipo en muchos lugares del país, no lo dude —le miró abiertamente—. ¿Por qué no va en busca de Marlowe? Creo que él es su hombre, Farrow.

—Yo también lo creo, pero... no lo encuentro. Se ha ido del lugar donde vivía. Vengo de allí. Tampoco frecuenta hace días los sitios habituales. Nadie le ve. Nadie sabe nada de él. Vine a verle usted para ganar tiempo. Y por si podía sugerirme algo... al menos, en nombre de Sharon. Por su seguridad, Goldman.

—Ya —los ojos de Buzz brillaron—. Usted se ha dado cuenta de... de todo.

—Sí. Lo imaginaba antes. Me bastó ver su expresión al hablar de ella. ¿Va a ayudarme?

—Al menos lo intentaré, aunque ignoro si le será útil en algo lo que yo sé —arrugó el ceño, haciendo memoria—. Cuando Marlowe era pasante mío, se alojaba en un pequeño piso de Brooklyn propiedad de unos tíos suyos que se lo dejaron en herencia. Creo que siempre continuó siendo suyo, e iba allá cuando no quería ser importunado por nadie. Creo que muchas de sus borracheras las ha cogido y dormido allí...

—Es un dato que puede tener su valor. ¿Sabe esa dirección?

—Sí... Embarcadero Sur... doscientos once. Junto a East Lane... Cerca de los muelles, como supondrá.

—Ya. ¿Alguien más conoce esa dirección, Goldman?

—No creo... Sharon estuvo allí una vez, cuando se casaron, por culpa de sus sucios chantajes... Pero ya lo habrá olvidado, sin duda.

—Bien. Espero que Marlowe también haya olvidado que usted conocía ese lugar —suspiró Farrow, encaminándose a la salida de la oficina.

—¿Va a arriesgarse? Tenga cuidado —avisó el abogado—. Es un tipo peligroso.

—Lo supongo. También yo puedo serlo cuando quiero —rió entre dientes Farrow, abandonando la oficina de Buzz Goldman.

Estaba muerto.

Había llegado demasiado tarde para evitarlo. El principal sospechoso, había muerto ya, Violentamente. Como todos los personajes de aquella tragedia.

Caído sobre la vieja máquina de escribir, con una botella de ginebra a su lado, y otra de soda volcada en el suelo repleto de puntas de cigarrillos. El montón de pastillas y el frasco abierto, junto a él, eran reveladores. También el papel metido en el rodillo de la máquina. Una mano de Lyman Marlowe colgaba hasta rozar el suelo con los dedos yertos. Otra se apoyaba, crispada, sobre el teclado. Tenía los ojos abiertos, vidriados. La boca convulsa. El ambiente olía fuertemente a ginebra. Sus ropas, su cabello, todo él apestaba a licor.

Leyó las líneas mecanografiadas torpemente:

«Creo que he cometido un error. Pero ya está hecho.
Debo escribir esto, para evitar que se culpe a nadie de
mi muerte. Tal vez no hubieran sospechado de mí. O no

hubiesen podido probarlo. Pero tuve miedo. Y ya es tarde. Esas malditas tabletas empiezan a surtir efecto. Sí, cuando menos, puedo terminar esta confesión al juez y a la policía... Yo, Lyman Marlowe, confieso haber matado a Russ Webster y a Scott Mazin, haber perseguido a mi esposa, provocando su neurosis, y haber contratado a Perry Anthony, un cochino detective privado para...»

Ahí terminaba todo. Dos letras enganchadas sobre el papel, habían llegado a marcarse ligeramente, cuando la muerte le sorprendió. No era una confesión legalmente válida, pensó Farrow. Pero bastaría.

Se apartó de allí, sin tocar nada. Salió del lóbrego piso. En el corredor de la casa había visto un teléfono público. Marcó el número de la policía.

Cuando colgaba, se escuchó el leve taconeo en el corredor. Rápido, se ocultó, tras un recodo del mismo. Aguardó, tenso, conteniendo la respiración.

La figura femenina se aproximó más y más a la puerta abierta del piso de Marlowe. Vio los tacones, las bonitas pantorrillas, el elegante y sobrio vestido.

Ella iba a entrar. Rápido, saltó adelante. Cayó sobre ella.

Quiso gritar, abrió la boca, los ojos asustados. Farrow la cubrió la boca con su mano prestamente.

—No, Sharon, criatura —aconsejó—. No grite. Vámonos de aquí. Lyman Marlowe ha muerto. No es agradable de ver, ahora, por poco que le haya querido...

CAPÍTULO XI

FINAL EN PRIMERA PERSONA

Creo que el sol es más atractivo cuando luce tan radiante.

Siempre sucede así después de los días lluviosos. Ahora estaba ocurriendo lo mismo. Sharon, Rachel y yo contemplamos en silencio el bello día, mientras cruzábamos Broadway, hacia el aeropuerto Kennedy.

En el rostro de Rachel aún había reflejada una profunda tristeza. El coche del teniente McDarrin, de Homicidios, iba rápido hacia el aeropuerto. Junto a él, el capitán Landis parecía por primera vez radiante como el día.

Resultaba lógico, tras la archivación de un caso como aquél, felizmente conclusivo. Miré a Rachel, pensativo. Me producía una profunda lástima su estado actual.

—Espero que el tiempo le haga olvidar todo, Rachel —dije—. Al Friedman será pronto un simple recuerdo que se irá perdiendo en la distancia. Ni usted ni nadie tuyo la culpa.

—Lo sé —admitió ella ahogadamente—. Pero pensar que pudo habernos matado a las dos...

—No era él. Sólo una máquina programada para matar en ese instante. El pasado de Anthony, con sus habilidades hipnóticas de circo y teatrillo de *vaudeville*, le era útil para casos semejantes... Ahora, de vuelta en Indiana, tras sus declaraciones sobre este horrible asunto, todo irá mejor, no lo dude. Algún día encontrará a otro hombre, será feliz...

—¿Usted cree, Farrow? —dudó ella.

—Estoy seguro —sonreía—. Siempre ocurre igual...

Permanecimos pensativos unos momentos. Luego, miré a la carretera, por la que avanzábamos ya, hacia el aeropuerto. Sonreí a

Sharon Marlowe, y ella me devolvió finalmente su sonrisa. Eso era insólito en ella. Parecía volverle su alegría juvenil, la de antes de ser la señora Marlowe.

—Todo se le ha resuelto al fin —dije—. Es viuda, Marlowe no la molestará nunca más... E igual sucedió con todos los que la querían mal y la acosaban con sus sucios chantajes. Ahora sí es una mujer libre. Y feliz, Sharon.

—Sí, me siento infinitamente mejor —suspiró. Bajó la cabeza—. Sólo que ha sido un largo y oscuro camino para llegar a esto.

—Al final del oscuro corredor, está siempre la luz —comenté, pensativo. Me volví hacia Landis y el teniente McDarrin y lancé mi bomba escondida, de repente—. Por cierto, ¿sabe una cosa, capitán? La descubrí al final de la encuesta sobre el suicidio de Marlowe... Y no deja de ser curioso.

—Curioso, ¿el qué, Farrow? —Me miró, girando la cabeza, intrigado.

—Lyman Marlowe NO SABÍA escribir a máquina —dije risueño—. Jamás supo.

El silencio que se produjo dentro del coche, fue mortal. Me miraron todos como si estuviese loco: Rachel, Sharon, los dos policías... McDarrin tuvo incluso que enmendar la marcha del vehículo, con un chirrido de neumáticos.

—¿Qué diablos dice? —aulló Landis, abriendo los ojos—. Se burla de mí, ¿no?

—En absoluto —sonreí—. No me burlo de nadie. Lo supe casualmente. La máquina de escribir era de sus tíos. Él jamás la tocó. Cuando era pasante de Goldman, todo lo escribía a mano o lo hacía copiar. Sus intentos de mecanografiar, eran detestables siempre.

—Eso no tiene sentido —rechazó Landis—. La misiva final, la que no terminó, estaba perfectamente alineada, con márgenes, sin tachaduras ni enmiendas.

—Exacto. Sólo un buen mecanógrafo haría eso —asentí—. Y aun así, dudo que fuese tan minucioso y correcto... en su última carta en este mundo. Usted lo ha dicho, capitán: no tiene sentido. Y lo que no tiene sentido, siempre me intriga, me preocupa.

—Nadie habló de eso en la encuesta oficial... —me recordó McDarrin.

—Nadie le prestó mucho interés, la verdad. Pero fue el propio Goldman quien me comentó eso ayer, con cierta extrañeza. Lo escuché distraídamente. Luego, me dije que podía ser trascendental... porque Lyman Marlowe, según eso, NO SE SUICIDÓ, sino que fue envenenado con las tabletas... y alguien escribió luego la carta sin concluir.

—Pero Farrow, ¿adónde va a parar con esa fantasía? —rechazó Sharon—. ¿Quién haría semejante cosa?

—Alguien que supiera escribir muy bien a máquina, que fuese muy astuto, pero que cometiera errores tremendos... Alguien que deseaba culpar a alguien, fundamentalmente, de dos muertes, en especial. Dos muertes que le quemaban, que le hacían buscar con desesperación otro culpable, ya fuese Anthony, Marlowe o quien fuere. Dos muertes de las que esa persona sí es culpable. Y por las que no quería pagar nunca, en un afán instintivo de autodefensa desesperada, casi insana. Más de enfermo mental que de otra cosa. Más de neurótico agudo de psicópata asesino, que de otra cosa... En suma: la persona que mató a dos hombres. A Buss Webster... y a Scott Mazin. Una persona que ya se creía a salvo, con la muerte bárbara de Lyman Marlowe. Y que, sin embargo, ahora, tendrá que seguir ocultándose, teniendo miedo, sintiéndose perseguido por la policía, sintiéndose culpable, como acosado por ojos invisibles, que no serán los de unos asesinos profesionales, contratados para matar, sino los de su propia conciencia, de la que no se huye fácilmente ni siendo psicópata.

—¡Farrow! ¡Me está acusando a mí! —chilló súbitamente ella.

—Sharon, ¿por qué dice eso? —pregunté suavemente, volviéndome a ella.

—¡Sí, sí! ¡Yo sé que me acusa! ¡Me acusa... y tiene razón! ¡Yo lo hice! ¡Yo soy la psicópata, la que mató a esos dos hombres! ¡Yo no quería admitirlo, no quería conscientemente creerlo, pero SÉ que los maté! ¡Por eso me acosan, me persiguen, me acorralan en la oscuridad de la noche! ¡Quiero engañarme a mí misma, creer que soy inocente! ¡Y mi subconsciente sabe la verdad, la terrible verdad! ¡Yo maté a esos horribles hombres...! —Sus ojos hermosos, muy verdes, se dilataban—. ¡YO LO HICE, Farrow... y usted... usted lo sabe! ¡Usted ha descubierto que maté a mi esposo! ¡Lo hice, sí! ¡Le envenené sin que sospechara nada...! Luego, volví al lugar del

crimen. Era mi mejor coartada... También sabrá que soy una excelente mecanógrafa... Oh, Farrow, ¿por qué tuvo que descubrirlo? ¿Por qué precisamente usted... con quien hubiera podido ser feliz alguna vez?

—Sharon, yo nunca la acusé de nada —dije en un murmullo—. Usted misma se descubrió... Además... en realidad siempre supo que era culpable. Pero su consciencia se negaba a aceptarlo. Y había momentos en que pensaba que no lo era. No es culpa suya. Es su mente enferma. Su neurosis... Deje que la cuiden, que la atiendan.

—¡No! —chillé—. ¡Nunca! ¡Un manicomio, no! ¡Prefiero morir! ¡Morir de una vez!

No pudimos evitarlo. Abrió de golpe la portezuela, mientras el aturdido teniente McDarrin conducía velozmente por la autopista. Se lanzó afuera, al asfalto vertiginoso. Yo traté de sujetarla, aferrándome al interior del coche para no caer tras ella.

No logré nada. Pasó otro coche, veloz. Sentimos el chirrido de los neumáticos, el grito agudo, el golpe seco, el frenazo, los vidrios rotos.

—Dios mío... —musité—. Deténgase, teniente, por favor... Sharon... Sharon ha quedado bajo ese otro coche. Me temo que todo terminó para ella.

Y contemplé algo que había quedado en el asiento. Algo que yo conocí en su mano, durante un viaje nocturno en tren. Algo con las iniciales S.

M. Algo

que, sin embargo, yo sabía ahora que no era de ella. Lo tomé.

Un encendedor plano, de oro. Un objeto de hombre.

—S. M... —susurré—. Extraña coincidencia. Scott Mazin, no Sharon Marlowe... Se quedó con el encendedor de su segunda víctima... Algo que no hubiera hecho nunca, de ser inocente. Un movimiento reflejo, un instintivo acto de neurótica peligrosa, criminal, obsesionada por sus delitos, pero a la vez pretendiendo negárselos a sí misma. Pobre Sharon. Pobre muchacha... No tuvo suerte en la vida. Siempre acosada, extorsionada, odiando a quienes la chantajeaban. Hubiera sido mejor que los hombres que pagó su vil esposo, la hubieran matado entonces, en Indianápolis. Esto ha sido peor para todos... pero cierra realmente el caso, capitán Landis, aunque sea de modo extraoficial.

Sí. Eso cerraba el caso. Definitivamente, esta vez.

Sharon nunca hubiera podido ser acusada, de no confesar espontáneamente, llevada por su instintivo terror a aquellas muertes. Ése era su mayor miedo. Su conciencia culpable la acosaba. El hombre de gafas azules existió siempre. Pero hubo otros fantasmas en su cerebro.

¡Pobre Sharon!

A veces, comentamos todo esto, Rachel y yo. Y ambos sentimos igual compasión por ella.

Porque lo cierto es que Rachel y yo nos hemos hecho amigos. Muy amigos. La visito con frecuencia, en Indianápolis. La llevo a los Estudios de TV. Almorzamos juntos.

Y ella va olvidando, poco a poco. Incluso a Al Friedman.

Sí, va olvidando. Estas cosas ocurren siempre. Además, ella es joven, bonita, atractiva, con una vida por delante...

Ambos tenemos una vida por delante. También hemos empezado a hablar de eso, ahora...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Como es sabido, Indianápolis es el centro de las más famosas carreras de automóviles de todo Estados Unidos, y mundialmente conocida por esa misma razón. < <